

LOS ESLABONES PERDIDOS DEL SINDICALISMO DEMOCRÁTICO: LA MILITANCIA FEMENINA EN LAS CCOO DE CATALUNYA DURANTE EL FRANQUISMO

Cristina Borderías, Mónica Borrell, Jordi Ibarz, Conchi Villar
Departamento de Historia contemporánea. Universitat de Barcelona

Introducción: hipótesis, metodología y fuentes

La historia del sindicalismo de clase y del movimiento obrero durante el franquismo se ha construido fundamentalmente como historia institucionalista de las organizaciones y de sus movilizaciones, en especial de las actividades huelguísticas¹. Son muy escasos los estudios que han trascendido el marco organizativo para adentrarse en otros es-

¹ La producción historiográfica al respecto resulta ya inabarcable en una nota a pie de página. Las primeras aportaciones fueron realizadas desde posiciones muy cercanas a la historia militante o centradas en el relato de conflictos huelguísticos. Jon AMSDEN, *Convenios colectivos y lucha de clases en España*. París: Ruedo Ibérico, 1974. Julián ARIZA, *CC.OO. Comisiones Obreras*. Barcelona: Editorial Avance, 1976. Marco CALAMAI, *Storia del Movimento Operaio Spagnolo dal 1960 al 1975*. Bari: De Donato, 1975. Fernando CLAUDIN, «El nuevo movimiento obrero español» en Lucio MAGRI [et al.], *Movimiento obrero y acción política*. Ed. Era, 1975. Llibert FERRI; Jordi MUIXÍ; Eduardo SANJUÁN, *Las huelgas contra Franco (1939-1956)*. Barcelona: 1978. Manuel LUDEVID, *El movimiento obrero en Catalunya bajo el franquismo*. Barcelona: 1977. Ignasi RIERA; José BOTELLA, *El Baix Llobregat. 15 años de luchas obreras*. Barcelona: Blume, 1976. Nicolás SARTORIUS, *El sindicalismo de nuevo tipo. Ensayos sobre Comisiones Obreras*. Barcelona: Editorial Laia, 1977. Las más completas aportaciones realizadas hasta el momento tampoco se han escapado de realizar la aproximación institucional a la que nos referimos. Ver por ejemplo F. ALMENDROS MORCILLO; E. JIMÉNEZ-ASENJO; F. PÉREZ AMORÓS; E. ROJO TORRECILLA, *El sindicalismo de clase en España (1939-1977)*. Badalona: Ediciones Península, 1978. Carme MOLINERO; Pere YSÀS, *L'oposició antifeixista a Catalunya (1939-1950)*. Barcelona: Edicions de la Magrana, 1981. David RUIZ (dir.), *Historia de Comisiones Obreras (1958-1988)*. Madrid: Siglo XXI, 1993.

pacios y redes de sociabilidad obrera, en los barrios, o en el ámbito de la familia, aunque los primeros resultados en este sentido están subrayando su importancia en la producción y transmisión de las culturas laborales, políticas y sindicales². Aún menos son los estudios que se han ocupado de analizar el sindicalismo desde sus protagonistas, salvo en el caso de los líderes más destacados³. Y contados los que se han interesado por el papel de las mujeres en el movimiento sindical y obrero durante esos años⁴.

El Fondo «Biografías Obreras: Fonts Orals i militancia sindical (1930-1978)» del Archivo Histórico de CCOO de Catalunya-Fundació Cipriano García (AHCONC) nos ha permitido aproximarnos a la experiencia de un grupo de mujeres que fueron militantes de CCOO desde su proceso de creación en los años 60 hasta la actualidad. Aunque el

² Son importantes en esta línea las recientes publicaciones: Eloisa BAENA LUQUE, «Los inicios de la organización sindical democrática (1958-1970)» en ÁLVAREZ; LEMUS, *op. cit.* pp. 290-316. Xavier DOMÈNECH SAMPERE, *Moviment obrer, societat civil i canvi polític. Sabadell (1966-1976)*. Barcelona: Ed. Abadia de Montserrat, 2002. Joe FOWERAKER, *La democracia española. Los verdaderos artífices de la democracia en España*. Madrid: Ed. Arias Montano, 1990. José Antonio PÉREZ, *Los años del acero. La transformación del mundo laboral en el área industrial del Gran Bilbao (1958-1977)*. Trabajadores, convenios y conflictos. Madrid: Biblioteca Nueva, 2001. Ramir REIG, «Estratègies de supervivència i estratègies de millora. Els treballadors al País Valencià durant el franquisme (1939-1975)», *Afers*, 22, 1995. Custodio VELASCO MESA, «Los líderes del sindicalismo democrático durante los años sesenta: semblanza de una nueva generación de la protesta» en Leandro ÁLVAREZ REY; Encarnación LEMUS LÓPEZ (coor.), *Sindicatos y trabajadores en Sevilla*. Sevilla: Universidad de Sevilla, 2000. pp. 265-290.

³ Las aportaciones realizadas sobre la propia militancia obrera proceden, en todo caso, de la sociología, y aunque se refieren a una etapa posterior al franquismo contienen sustanciosa información sobre los militantes de esa época. Ver por ejemplo Robert M. FISHMAN, *Organización obrera y retorno a la democracia en España*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 1996. Oscar REBOLLO; Antonio MARTÍN; Faustino MIGUELEZ, *El sindicalismo a través de sus protagonistas. Estudio sobre la afiliación a Comisiones Obreras de Catalunya*. Barcelona: CERES, [1993].

⁴ En Catalunya cabe destacar el trabajo pionero y aún casi único de Carmen GARCÍA-NIETO, «Les dones i el moviment obrer al Baix Llobregat durant el Franquisme» en Cristina BORDERÍAS (ed.), *Les Dones i la Història al Baix Llobregat*, Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2002, pp. 101-118. Más recientemente se han dado los primeros pasos para reconstruir esta historia en Cristina BORDERÍAS; Javier T. HURTADO (coor.), «Dones, Treball i sindicalisme a Catalunya. (1939-1978). Perfils biogràfics del projecte "Fonts orals i militància sindical"». *Estudis sobre el Món del Treball*, n. 2, 1999. Conchi G. VILLAR, «Dones, Treball i sindicalisme a Catalunya, 1939-1978 (II). Biografies obreres. Fonts orals i militància sindical». *Estudis sobre el Món del Treball*, n. 3, 2000. Conchi G. VILLAR, «Recuperar y repensar la memoria de las mujeres sobre la experiencia sindical», *Arenal*, vol. 1, n. 1 (enero-junio 2001), pp. 155-175. AJUNTAMENT DE L'HOSPITALET, *Dones sindicalistes de L'Hospitalet*. L'Hospitalet de Llobregat: Ajuntament de l'Hospitalet, 2002.

número de biografías —28— con que hemos podido trabajar es relativamente reducido, son bien significativas respecto a la importancia, aún no suficientemente reconocida, de su papel en las movilizaciones obreras y sociales, en el sindicalismo y en las organizaciones políticas durante el Franquismo.

La creación de este Fondo se inició a finales de 1995 con el objetivo de contribuir a la recuperación de la memoria histórica y al estímulo de la investigación sobre la historia del sindicalismo y la condición obrera durante el Franquismo y la Transición democrática⁵. Surgido inicialmente para reconstruir la historia de la creación de la primera Comisión Obrera Nacional de Cataluña, amplió sus objetivos para constituirse como un fondo capaz servir a la recuperación de la «memoria histórica del movimiento sindical», entrevistando también a militantes —hombres y mujeres— de base⁶. El concepto de «memoria histórica» pretendía no reducir la historia del movimiento sindical a sus estructuras, movilizaciones, y acontecimientos concretos, sino plantearse el modo en que la militancia se había integrado en la identidad individual y colectiva, y la dotación de sentido que le ha sido conferida por sus militantes. La propia denominación del proyecto evidencia que no se trataba tampoco de recoger únicamente experiencias y representaciones de esa militancia, sino de contribuir a una historia de la clase obrera a través de la recolección de biografías de sindicalistas, en las cuales lo que se denominó «biografía de una militancia» era el eje alrededor del que convergían los relatos de vida. El enfoque biográfico que se dio a las entrevistas «pretendía hacer más inteligible la militancia sindical,

⁵ La Comisión Asesora de este proyecto estaba formada por: Ramón Alós-Moner, economista y profesor de la UAB; Cristina Borderías, historiadora y profesora de la UB; Tomás Chicharro, miembro fundador de CCOO de Cataluña; Carme Molinero, historiadora y profesora de la UAB; Angelina Puig, historiadora e integrante de la FCG-AHCONC; José M.^a Rodríguez Rovira, exdirigente sindical de CCOO; Susanna Tavera, historiadora y profesora de la UB; Javier T. Hurtado, historiador y secretario de la FCG-AHCONC; Lluís Úbeda, historiador y responsable del Dto. de Fuentes Orales del Archivo Histórico de la Ciudad (Barcelona); Pere Ysàs, historiador y profesor de la UAB. El diseño metodológico del proyecto y la guía de las entrevistas corrió a cargo de Cristina Borderías y Javier T. Hurtado. Las entrevistas han sido realizadas hasta el momento por: Anna Alonso, Lluís Balart, Monica Borrell, Àngels Candela, Xavier Domènech, José Manuel Hidalgo, Jordi Ibarz, Núria Mayor, Jordi Merino, J. Fernando Mota, Gisela Tors, Patricia Rocha, Yolanda Vara, Lluís Vila y Conxi Villar.

⁶ Una presentación completa de este proyecto puede verse en Cristina BORDERÍAS; Javier T. HURTADO, «Biografías Obreras. Fuentes orales y militancia sindical. Diseño y desarrollo de la producción de fondos orales del Arxiu Històric de CCOO de Catalunya». *Estudis sobre el món del treball*, n. 1, 1998.

pero también las relaciones entre privado y público, trabajo, familia y militancia sindical»⁷. Ese enfoque era particularmente importante porque las dicotomías entre trabajo-familia, política y vida personal son poco aptas para entender las experiencias de las mujeres. Anna Bosch, una de las mujeres entrevistadas para este proyecto reflexionaba así sobre esta experiencia:

«Era la primera vez que se interesaban por mi actividad política y sindical entendiéndola relacionada con el conjunto de mi vida. ¡Cuántas veces en mis épocas de militancia sindical había sentido que lo único importante era la función que realizaba, mientras que mi vida carecía de importancia para mis compañeros y dirigentes obreros! En cambio el planteamiento de esta entrevista era del todo diferente, partía del supuesto que la vida de una luchadora sindical es válida por ella misma, y es así como puede aportar nuevos elementos al estudio del sindicalismo. Pude hablar de mi experiencia con palabras propias, sin esquemas que me impidieran decir aquello diferente. Si no pude explicarme mejor fue debido a mis propias limitaciones, pero también a las limitaciones de un lenguaje que deja fuera la parte más significativa de la experiencia femenina»⁸.

Este planteamiento metodológico nos permite ahora abordar el análisis de la militancia sindical de las mujeres en el contexto de unas biografías en la que trabajo, política, familia y vida personal aparecen estrechamente interrelacionadas, aunque estas relaciones han sido distintas, sin duda, para las diferentes generaciones.

De las cincuenta y una biografías de que se compone este fondo, hemos utilizado las veintiocho cuya experiencia laboral, en un momento u otro de la vida, se desarrolló en el contexto fabril, el trabajo a domicilio, o en oficios femeninos⁹. Dieciséis de ellas son inmigrantes procedentes de otras localidades españolas, siete lo son de otras localidades catalanas y las otras cinco nacieron en la ciudad. La mayoría —21— proceden de familias jornaleras u obreras, cinco de ellas son hijas de peque-

⁷ Cristina BORDERÍAS, «Prólogo» a: Conchi G. VILLAR, «Dones, treballs i sindicalisme...», p. 9. *Estudis del mon del treball* ha publicado dos números (n.ºs 2 y 3) con los perfiles de veinticinco mujeres entrevistadas realizados por Conchi G. Villar.

⁸ VILLAR, «Recuperar y repensar la memoria de las mujeres...».

⁹ De las 51 entrevistas a mujeres que componen el Fondo «Biografías Obreras y Militancia sindical», se han transcrito y están consultables 44 hasta el momento. Algunas de las trayectorias laborales de las mujeres cuyas biografías hemos utilizado, lograron pasar del trabajo de fábrica a trabajos con una cualificación media o superior como el de enfermera, asistente social, o empleada.

ños comerciantes o artesanos, y dos de empleados. La de mayor edad nació en 1915, la más joven en 1956. Muchas de ellas proceden de familias con una cultura política de izquierdas y una experiencia militante objeto de una fuerte represión después de la Guerra. A efectos del análisis hemos establecido tres grupos en función de la época en que comenzaron su militancia política o sindical. El primer grupo, el más minoritario, está formado por las mujeres que vivieron la República y la Guerra y comenzaron su militancia ya durante los años treinta; todas ellas vivieron personalmente las consecuencias de la represión sufrida por padres o parientes muy cercanos y continuaron, en unos modos u otros, la resistencia en la clandestinidad, incorporándose a las movilizaciones antifranquistas desde primera hora. Son mujeres que tienen una trayectoria larga de militancia que se prolonga hasta muy recientemente. Las mujeres del segundo grupo, nacidas por lo general a finales en la década de los cuarenta, iniciaron su militancia política en la década de los sesenta y antes del estado de excepción, y se incorporaron a CCOO en la clandestinidad. El tercer grupo está formado por aquellas que ingresaron en CCOO a principios de la década de los setenta, precedida también por lo general de una militancia política. Uno de los rasgos distintivos de este último grupo viene dado por la triple militancia —política, sindical y feminista—, pero también algunas de las mujeres de mayor edad participaron en los años setenta en Asociaciones de Mujeres, además de en la Secretaría de la Mujer de CCOO.

Nos ha interesado saber quienes fueron esas mujeres, y qué les llevó a participar en esos movimientos. La atención a distintas generaciones, desde las que comenzaron a militar durante la Dictadura de Primo de Rivera, a las que lo hicieron ya en los años setenta, nos ha permitido así mismo reseguir el modo en que ha ido variando esa participación en relación con los cambios así mismo decisivos en el carácter de las movilizaciones sociales y obreras, y de los sistemas organizativos sindicales y políticos. Hemos indagado también en la percepción y los modos de confrontación con unas culturas sindicales y políticas que, bajo la primacía de los intereses de clase o de la resistencia a la dictadura, soterraron los conflictos entre hombres y mujeres en la esfera pública y privada. En el transcurso de estas décadas las mujeres han ido ganando espacios autónomos en el sindicato y en la política. Estos espacios han dado lugar a la expresión de nuevas concepciones del trabajo, de la política y de las relaciones entre hombres y mujeres. Sin embargo este proceso ni ha sido lineal ni ha estado exento de conflictos, pues mientras las modalidades más flexibles y abiertas del primer movimiento

sindical y vecinal les permitieron una vía de expresión más libre y autónoma de sus reivindicaciones, el proceso posterior de institucionalización de las organizaciones obreras supuso una masculinización de sus estructuras y jerarquías que supondría nuevos problemas para las generaciones más jóvenes.

Estas entrevistas ofrecen además nuevas perspectivas en torno a algunos de los centros de interés de la historia del sindicalismo. La historiografía ha presentado a CCOO como un nuevo tipo de sindicalismo en ruptura con las experiencias republicanas, como un fenómeno nuevo, «sin generaciones intermedias»¹⁰. Ruptura que se ha atribuido a la desaparición de las organizaciones sindicales y políticas históricas¹¹ y al protagonismo sindical que en los años 60 habrían tenido las generaciones que no vivieron la guerra civil¹².

Estas interpretaciones que a nuestro entender precisan ser revisadas a la luz de nuevos enfoques, derivan a nuestro entender al menos de cuatro factores: a) el papel, todavía subestimado por la historiografía, que la militancia política tuvo en la génesis de este sindicalismo, b) de la falta de atención a la transmisión intergeneracional de las culturas políticas en las familias de los y las militantes que participaron en la formación de las CCOO, c) del desconocimiento de las relaciones que los integrantes de esas nuevas organizaciones obreras establecieron en fábricas, barrios y centros culturales con los viejos militantes y d) del desconocimiento de las experiencias de movilización y de organización

¹⁰ FOWERAKER, *op. cit.* p. 144.

¹¹ Algunos autores basan la ruptura de las tradiciones políticas de preguerra en la interrupción de las organizaciones políticas que las sustentaban. Ver por ejemplo AMSDEN, *op. cit.* José BABIANO MORA, *Emigrantes, cronómetros y huelgas. Un estudio sobre el trabajo y los trabajadores durante el franquismo (Madrid, 1951-1977)*. Madrid: Siglo XXI, 1995. José María ROCA VIDAL, «La nueva clase obrera» en *Tiempos de silencio. Actas del IV Encuentro de Investigadores del Franquismo. València, 17-19 de noviembre de 1999*. València: Universitat de València, 1999.

¹² Ver por ejemplo ALMENDROS [*el alter*], *op. cit.* BABIANO, *op. cit.* Sebastián BALFOUR, *La dictadura, los trabajadores y la ciudad. El movimiento obrero en el área metropolitana de Barcelona (1939-1988)*. Valencia: Edicions Alfons el Magnànim, 1994. Faustino MIGUÉLEZ LOBO, «Los orígenes del “nuevo movimiento obrero” en España. Algunas hipótesis de investigación» en Manuel GONZÁLEZ PORTILLA; Jordi MALUQUER DE MOTES; Borja DE RIQUER PERMANYER (eds.), *Industrialización y nacionalismo: análisis comparativos: actas del I Coloquio Vasco-Catalán de Historia celebrado en Sitges, 20-22 de diciembre de 1982*. Bellaterra: Servicio de Publicaciones de la Universidad Autónoma de Barcelona, 1985. Carme MOLINERO; Pere YSÀS, «I. Comissions Obreres» en Pere GABRIEL (coor.), *Comissions Obreres de Catalunya, 1964-1989. (Una aportació a la història del moviment obrer)*. Barcelona: Editorial Empúries, 1989. pp. 29-80.

obrero existentes a finales de la década de los 40 y principios de los años cincuenta¹³.

Frente a esa idea de ruptura hemos encontrado, sin embargo, elementos que permiten trazar una mayor continuidad. En las generaciones de mujeres que por su trayectoria de militancia continuada antes de la guerra y durante el franquismo, desempeñaron un papel de mediación entre la cultura política del movimiento obrero anterior y posterior a la guerra. Pero también en las generaciones siguientes a través de la transmisión familiar, y de las relaciones que se establecieron en las fábricas y los barrios entre los y las militantes del «viejo» y del «nuevo» movimiento obrero. Este «nuevo sindicalismo», ha sido considerado así mismo como un movimiento de masas «espontáneo», formado inicialmente por comisiones de trabajadores organizadas en los contextos fabriles en función de conflictos o exigencias específicos, que con el tiempo darían paso a estructuras más estables¹⁴, aunque se ha reconocido que en el caso catalán dicho proceso tuvo una base sindical más débil y unas raíces más directamente sociopolíticas¹⁵. Las entrevistas realizadas vienen a confirmar esta última hipótesis, pero muestran una más compleja relación entre los movimientos de fábrica, las CCOO y las organizaciones políticas.

¹³ Existen no obstante excepciones y, recientemente, se han publicado diversos trabajos en la línea de algunas de las hipótesis que estamos planteando. BAENA, *op. cit.* Pere GABRIEL (coordinador), *Comissions Obreres de Catalunya, 1964-1989. (Una aportació a la història del moviment obrer)*. Barcelona: Editorial Empúries, 1989. Ramón GARCÍA PIÑEIRO, *Los mineros asturianos bajo el Franquismo (1937-1962)*. Madrid: Fundación 1.º de Mayo, 1990. Antonieta JARNE, *L'oposició al Franquisme a Lleida*. Lleida: Pagés editors, 1998. Antoni LARDÍN OLIVER, «Actituds obreres i oposició comunista a Catalunya (1949-1959)» en *Tiempos de silencio. Actas del IV Encuentro de Investigadores del Franquismo. València, 17-19 de noviembre de 1999*. València: Universitat de València, 1999.

¹⁴ ALMENDROS [*et alter*], *op. cit.* ARIZA, *op. cit.* BALFOUR, *op. cit.* FOWERAKER, *op. cit.* MIGUÉLEZ, *op. cit.* Carme MOLINERO; Pere YSÀS, *Productores disciplinados y minorías subversivas. Clase obrera y conflictividad laboral en la España franquista*. Madrid: Siglo XXI, 1998. Nicolás SARTORIUS, *El sindicalismo de nuevo tipo. Ensayos sobre Comisiones Obreras*. Barcelona: Editorial Laia, 1977.

¹⁵ Ángel ABAD [*et. alter*], «Debat. Comissions Obreres, 1968-69: Repressió i crisi» en *Quaderns del Centre de Treball i Documentació*. Barcelona: Centre de Treball i Documentació, 1981. AMSDEN, *op. cit.* BALFOUR, *op. cit.* MIGUÉLEZ, *op. cit.*

I. Militantes entre la República y la Transición: Las generaciones intermedias

I.1. *La transmisión familiar de las culturas políticas*

La mayor parte de la historiografía ha insistido en el carácter de «ruptura» del sindicalismo democrático («un sindicalismo de nuevo tipo») por relación al movimiento obrero de preguerra. Un sindicalismo que, al decir de algunos, habría sido obra de los trabajadores nacidos en el tránsito de la guerra a la dictadura, sin intervención de generaciones intermedias. Esta interpretación no responde sin embargo a la experiencia ni a la percepción de las mujeres que participaron en las primeras comisiones de fábrica y en la formación de las CCOO. En unos casos por haber iniciado personalmente su militancia sindical o política en las organizaciones obreras durante la Dictadura y la República. En otros por haber vivido muy de cerca la militancia de sus padres. Francisca Redondo, Manuela Rodríguez, Celia García, Carmen Casas, y Georgina Villanueva, pertenecen a dos de esas «generaciones intermedias», esos eslabones perdidos que enlazan el movimiento obrero de preguerra y el «nuevo movimiento obrero». Todas ellas —emigrantes— proceden de familias de un medio jornalero u obrero de tradición republicana, socialista, comunista o anarquista. Tradiciones que se remontaban, incluso, a la generación de los abuelos. Y es precisamente en relación con algunos de los valores de esas culturas políticas y a la represión que sobre ellas se ejerció, a la que remiten su militancia —antes, durante y después de la guerra— confiriendo con ello unidad a unas trayectorias marcadas por la ruptura bélica, la cárcel, el exilio, la emigración, y la clandestinidad.

Francisca Redondo, y Manuela Rodríguez, pertenecen a la primera de estas generaciones que comenzaron a militar a finales de los años veinte. Francisca nació en Las Pedroñeras (Cuenca), y participó desde muy joven en reuniones de círculos anarquistas y comunistas, aunque en su familia, «de izquierdas», no había una tradición militante. Manuela, nació en una familia de tradición anarquista que se remontaba a la generación de los abuelos. Ambas coinciden en referir el origen de su militancia política a la cultura transmitida por su familia, aunque esta herencia no se asume en modo alguno mecánicamente.

Manuela asistía a las reuniones anarquistas en compañía de su padre, un cantero anarquista que había sido detenido en varias ocasiones durante los años veinte. A la asistencia a estas reuniones, y a la lectura de las obras de la biblioteca familiar, atribuye Manuela su implica-

ción política, sin perder de vista las contradicciones de la ideología de su padre:

«mi padre era anarquista pero tenía todos los prejuicios de los hombres. Lógicamente en la sociedad, como la nuestra mi madre se quedaba en casa, y era él el que hacía todas sus hazañas y sus cosas. Estuvo preso varios tiempos. Y él era un hombre que sabía muy poco de letras y de leer. Pero como, el afán de superación de la gente que lucha por una sociedad mejor, siempre es mejorar su cultura y elevar (...). El hombre compraba libros a montones, y en un rincón de allí, de una casa pequeña, llena de críos tenía una biblioteca que estaba medio, era de madera, hecha por él mismo. Iba llenando aquella biblioteca aunque, nunca le vi coger un libro para leer porque no tenía casi ni tiempo pobrecillo, y además sus dificultades culturales eran muy grandes. Pero yo fui la devoradora de aquella biblioteca. Y leía, sin discriminación, cosas de grandes pensadores (...). Sobre el anarquismo, y los librepensadores. Casi todos los escritores anarquistas los he leído muy pequeña. Y iba almacenando todas esas cosas. Porque además mi padre me llevaba a las reuniones de ellos, que eran casi siempre clandestinas. Y yo tuve ocasión de conocer a hombres en esas reuniones que eran verdaderos cristos modernos, entiéndase, no. De bondad, de... en fin. Y fueron creando en mí un romanticismo sano de la vida».

A pesar de esta formación inicialmente anarquista y su admiración por esas ideas, Manuela comenzó a militar muy joven en las JSU rompiendo pronto con unos planteamientos que, aún compartidos, consideraba utópicos *«yo nunca milité como anarquista, pero en el pensamiento le fui arrinconando como una cosa sublime, y me fui haciendo práctica, en huelgas, y en cosas, y siempre éramos las que... y mi padre afeaba mis ideas... a los comunistas no los podían ver, los anarquistas, ¿no?»*

También Francisca se confrontó tempranamente con los límites que sus medios sociales y el movimiento obrero establecían a los deseos de autonomía y de participación política de las mujeres. Su relato es muy elocuente al respecto. Para explicar su militancia Francisca se presenta como una mujer «rebelle» que desafía muy tempranamente los modelos femeninos de su época. La figura de la abuela dio a Francisca la esperanza de salir con éxito del enfrentamiento con la familia materna que se oponía a sus deseos de escolarización: *«De mi abuela yo copiaba su rebeldía (...) se enfrentó a su padre para casarse con un panadero y mi abuelo la desheredó... y mi abuela que era muy rebelde pleiteó»*. En ese referente y en su padre respalda su trasgresión:

«A mi padre todo le parecía poco... y le decía yo... que la madre no se entere de que voy a la escuela y mi padre decía pues tu déjala que tu

madre no se entera (...) y yo me iba de escondidas, en lugar de ir a coser que yo ya sabía mucho pues me iba a la escuela (...) y un día se enteró y le dijo a mi padre ¿qué es eso de que no va a bordar y va a la escuela? Y mi padre, pues...: a ella la dejas! (...) yo ya era muy rebelde (...) desde entonces ya no he sido buena».

La escuela fue el primer paso en la autonomización de su familia, comenzando pronto a asistir a las reuniones de las asociaciones obreras del pueblo:

«Y yo pues como ya era así, les decía a mis amigas vámonos allá a ver que dicen (...) allí estaban todos, los anarquistas, los de la CNT y los de UGT y los comunistas, y los de la CNT nos echaban fuera porque éramos mujeres y yo les digo y ¿por qué vamos a ganar menos que vosotros?, y me decían porque sois mujeres, y yo les decía pues a mí me gustan más los otros y a los comunistas le digo “¿Bueno, y qué significa Partido Comunista?”. Le dije yo. Y dice, él: —“Mira, Partido Comunista, es comunidad. Todo el mundo come, todo el mundo a trabajar, y cada uno en lo que le guste. Y así produce más”—. Ay, ya digo a las mujeres: “Ah pues a estos nos vamos apuntar”. Y desde entonces, ya no lo dejamos.»

A los 12 años ingresó en las JSU, al igual que Manuela. Y ambas, como veremos más adelante, referirán su participación en el movimiento sindical y en la formación de las CCOO a esta temprana militancia política.

El caso de Carmen Casas es el más paradigmático a los efectos que nos ocupan en este momento. Nació en una familia en la que convergían la militancia socialista de su padre y la tradición anarquista de la familia materna. El relato de su infancia durante la República evoca también un escenario cuajado de lecturas, reuniones políticas y campañas electorales. Durante la guerra comenzó a participar en las labores de los jóvenes y las mujeres en la retaguardia en las que su madre tenía un papel muy activo. Tras el exilio en Francia, su padre, un maestro que había pertenecido al Partido Socialista de Aragón, fue dirigente del Partido Comunista en Langogne, y Carmen con 19 años ingresó en las JSU, de las que era la responsable de los departamentos del Gard, Lozère y Ardeche, participando en la recogida de armas para la guerrilla, y manteniendo una vez ya en España una trayectoria de militancia continua, primero en el PCE y una vez en Cataluña en el PSUC, donde tuvo además un papel destacado en la organización de las CCOO a principios de los sesenta.

Celia García y Georgina Villanueva, nacidas en la década de los veinte y principios de los treinta, tuvieron una trayectoria y una experiencia distinta, pues su implicación en el movimiento obrero se produjo ya en los años cincuenta en los conflictos planteados por las prime-

ras comisiones de las fábricas textiles en las que trabajaban, y en los movimientos en los barrios. Entraron el PSUC a finales de los años sesenta y a partir de ahí participaron en CCOO. Sin embargo, durante la infancia habían vivido y participado de la militancia de los padres, del exilio y de la represión. Sus madres fueron partícipes también de esa militancia y de sus consecuencias en la posguerra, así como artífices de su transmisión a los hijos e hijas. Procedentes de familias con tradiciones políticas muy distintas, convergen sin embargo en reivindicar un acervo de valores comunes «heredados» de sus familias de origen —«*Defender al pobre contra el rico*», «*luchar por la dignidad obrera*», «*ser más iguales*»—, valores que, difuminando los antagonismos ideológicos de las organizaciones obreras históricas, les permiten situar la propia militancia sindical o incluso política, en continuidad no problemática con la de sus familias de origen que tenían un signo distinto. Las dos hicieron suya muy tempranamente esa «herencia», mucho más ética que ideológica, y es en relación a ella y a la represión consiguiente, cómo refieren su participación de primera hora en las movilizaciones y comisiones de fábrica de finales de los años cincuenta¹⁶, «*Yo pues era una mujer que mi padre también había sido un hombre republicano, un hombre activo que le gustaba mirar por el trabajador, que no le gustaba lo que estaban haciendo los ricos... yo ya estaba enseñá, ya sabía cosas...*» (Celia García). El padre de Celia había sido alcalde de Abla (Granada) durante la República, salvándose del fusilamiento por la recogida de avales que ella y su madre hicieron entre los vecinos y propietarios de la zona. Georgina había nacido en una familia de tradición anarquista, muchos de cuyos miembros, incluido su padre, fueron fusilados durante o después de la guerra, y es a esta tradición a la que atribuye el origen de su implicación en el movimiento obrero

«yo entonces no estaba organizada de nada, pero ya era una cosa innata. Porque a pesar de que tenía tanta vergüenza y eso, después me espabilé y era bastante responzona, no responzona, siempre con educación y eso pero claro tenía... no es que yo fuera anarquista, porque pienso que no lo he sido nunca, pero en mi pueblo la trayectoria anarquista la llevabas, aunque no querías, siempre te queda algo de la familia».

Como en casi todos los relatos el peso de esta transmisión de padres a hijas, no es tanto ideológico cuanto de una cultura obrerista y

¹⁶ Celia era hija de un alcalde republicano encarcelado después de la guerra, Georgina hija de un militante socialista fusilado, nieta y sobrina de anarquistas.

militante enraizada en valores ético-políticos comunes a las organizaciones obreras históricas. En el caso de Georgina la relación con la tradición anarquista que ella misma afirma no compartir enteramente, encontró continuidad en las trabajadoras de mayor edad de la Fabra y Coats donde empezó a trabajar al llegar a Barcelona. Georgina se refiere en varias ocasiones al papel que estas «viejas anarquistas» jugaron tanto en su aprendizaje laboral como en la gestión de los conflictos entre trabajadores y empresarios, aunque ejercían esta influencia manteniéndose aparentemente en un segundo plano:

«allí había muchas mujeres mayores anarquistas, buenísimas trabajadoras, tenían todas las virtudes, y siempre te decían: tu piensa que has de ser la mejor en todo. Cuando seas la mejor en todo podrás hablar en todos los sitios. Que nunca te cojan con un fallo porque los empresarios saben perfectamente cómo pensamos, cómo trabajamos. Y fueron las que me propusieron que fuera a hablar en un conflicto... y yo me arribaba mucho a ellas...».

1.2. *Las raíces políticas de la militancia sindical*

La historiografía sobre el carácter de las CCOO en Cataluña ha enfatizado, por contraste con otros ámbitos, su carácter sociopolítico. Nuestro estudio viene a confirmar parcialmente esta idea, aunque subrayando la mayor complejidad de las relaciones entre el sindicalismo y la política. En el caso de este grupo generacional, ello es aún más acusado pues la mayoría de estas mujeres iniciaron como hemos visto su militancia política antes de la República, y participaron en la reorganización del movimiento obrero y la creación de las CCOO desde la clandestinidad.

La participación de Francisca Redondo, y Manuela Rodríguez, en las CCOO tiene, en el sentido tradicional, un carácter claramente sociopolítico. Ambas iniciaron su militancia, como ya hemos mencionado, en las Juventudes Socialistas Unificadas antes de la República, participaron activamente en la Guerra —en el frente y en hospitales y talleres de costura de la retaguardia—, pasaron por campos de concentración y cárceles. Y al salir de ellas continuaron implicadas en la recogida de fondos para la asistencia a los presos —muy a menudo sus propios familiares—, el paso de propaganda clandestina entre Francia y España, la guerrilla y la ocultación de miembros del maquis y, posteriormente, en la reorganización del partido comunista. Francisca en Valencia participaría a mediados de los cincuenta en la formación del PSUC en Tarra-sa a donde emigró en 1957 con su marido y sus hijos por la vigilancia y

la represión de que eran objeto¹⁷. Manuela en Barcelona a principios de los años cincuenta, donde se había refugiado al salir del campo de concentración¹⁸. Y fue esta militancia política lo que les condujo en la década de los años 50 a participar, sin solución de continuidad, en las primeras movilizaciones antifranquistas y posteriormente en la formación de las primeras comisiones obreras. Esta militancia sindical aparece en sus relatos como vía de expresión y de praxis más inmediata de su identidad política. Efectivamente, en sus relatos las fronteras entre militancia política y sindical son inapreciables porque, como afirma Manuela, «*la verdadera lucha contra el patrón y contra el capitalismo está en los sindicatos... yo siempre he luchado porque los partidos tuvieran a toda su gente sindicada*». En el caso de Francisca —que trabajó siempre a domicilio— su militancia se centró en la organización de las CCOO de Tarrasa junto a Cipriano García, y también en las movilizaciones vecinales contribuyendo a la creación de la Asociación de Vecinos de La Maurina, y en los años setenta del Casal de la Dona. Manuela aunque a partir de los años sesenta mantuvo una relación más conflictiva y finalmente más distante con el partido y con CCOO, lideró las reivindicaciones laborales de las oficialas y aprendizas en los talleres de costura en los que trabajaba cosiendo y diseñando patrones. Su distanciamiento de la política y del sindicalismo fue paralelo a su aproximación al movimiento feminista, participando en la actualidad en las actividades de Ca la Dona. Con todo en ambos casos, una vez ju-

¹⁷ Francisca, militante del PCE desde los 12 años, fue encarcelada por los socialistas en Cuenca seis meses antes del final de la Guerra. De vuelta a Sevilla después de la Guerra acudía regularmente a los campos de concentración para llevar comida clandestinamente a los presos, entre los que se contaba su novio. Se casó en 1942 y emigró con su marido, miembro del PCE y capitán del ejército Republicano, al Pueblo de las Mesas a hacer de pastores y más tarde a Manises donde trabajaban en la recogida de la fruta y ella también como cocinera. En 1957 emigraron huyendo de la represión a Tarrasa, donde su marido se colocó en la construcción. Durante la vendimia pasaban a Francia, reemprendiendo allí el contacto con el PCE y el PSUC. Una de las hijas, también del PSUC pasó varios años en la cárcel a finales de los años sesenta.

¹⁸ Manuela, militante de las JSU desde los 12 años, y después en el PCE participó en el frente de Madrid. Fue detenida en Alicante en los últimos días de la Guerra y tuvo su primer hijo estando prisionera. Al salir de la cárcel estuvo escondida dos años en el palomar de casa de unos amigos en Barcelona. Su marido estuvo detenido en dos ocasiones durante la postguerra. En 1958 fue detenido su hijo mayor que pertenecía también al PSUC, permaneciendo cinco años en la cárcel, durante los que estuvieron alejados de toda actividad política. Los dos hijos marcharon a los países del Este a terminar sus estudios durante los años sesenta. Su casa de Horta fue un núcleo de paso para militantes que pasaban desde Francia. En 1968 huyó a Francia a raíz del estado de excepción y a la vuelta participó fundamentalmente en movimientos sociales de barrio y en asociaciones de mujeres.

biladas continuaron también su militancia en las Federaciones de Pensionistas y Jubilados de CCOO.

La preeminencia de la política en las vidas de estas mujeres afectó también a su trabajo. Francisca tuvo una trayectoria laboral muy discontinua debidos a los cambios de domicilio impuestos por la guerra y la represión: del servicio doméstico, a la recogida de fruta, la vendimia, o el trabajo de practicante y de costura a domicilio; trabajos estos últimos que compatibilizó a partir de su llegada a Tarrasa porque le permitían ocuparse de su familia a la vez que servían de cobertura a las reuniones del partido. Manuela logró profesionalizarse cuando a finales de los sesenta, se distanció del partido.

De las tres mujeres que iniciaron su militancia en la postguerra, una lo hizo también en organizaciones políticas. Es el caso de Carmen Casas, que exiliada a Francia con su familia después de la Guerra, ingresó de la mano de su padre, en las Juventudes Socialistas Unificadas en 1940, y participó en las guerrillas durante la ocupación alemana. En 1944 pasó clandestinamente a España colaborando en la organización del PCE en Aragón, Navarra y La Rioja y dando cobertura a los guerrilleros que pasaban desde Francia. Detenida en 1946, y encarcelada durante año y medio, se instaló posteriormente en Tarragona en cuya cárcel estaba su marido, militante también del PCE. Por la situación de vigilancia a que fueron sometidos ella y su cónyuge al salir de la cárcel, estuvo diez años más alejada de la política activa. Durante esos años tuvo dos hijos y obtuvo el título de enfermera, alternando hasta entonces trabajos ocasionales como auxiliar de clínica con el trabajo de practicante en su propio domicilio. Tras ellos reemprendió su actividad política, ocupándose, junto a su marido, de las relaciones entre el PSUC y el PCE y de la creación de las comisiones obreras en la provincia de Tarragona. En 1967 tras obtener una plaza como enfermera en un Hospital, creó la primera comisión obrera en dicho centro, siendo elegida enlace sindical en 1968, cargo que mantuvo hasta 1979, en paralelo a su militancia política. Su jubilación, anticipada por enfermedad, no supuso la interrupción de su actividad sindical —ni política—, pues pasó a formar parte de la Federación de pensionistas y jubilados, siendo Secretaria General además de ser militante de Iniciativa hasta la actualidad.

Los itinerarios de Celia García y Georgina Villanueva, nacidas, recordémoslo, en familias de militantes represaliados, son algo más complejos. Ambas tienen una trayectoria muy similar: emigradas a Barcelona muy jóvenes, trabajaron primero en el servicio doméstico y poco tiempo después en diversas empresas textiles. Celia en Tarrasa, en una empresa con condiciones de trabajo y salarios sensiblemente peores

que las de Georgina que trabajaba en Barcelona en la Fabra y Coats. Las dos participaron inicialmente en los primeros movimientos vecinales y fabriles de finales de los años cincuenta, teniendo en ellos una posición de liderazgo. Ambas fueron así mismo elegidas enlaces sindicales y formaron parte, ya en los años setenta, de Mujeres Democráticas. Pero las motivaciones de esta implicación son algo distintas, como también lo eran sus condiciones de trabajo, y sus niveles de vida. Para Celia las primeras movilizaciones y su participación tuvieron su razón más inmediata en la carestía de la vida y en la dureza de las condiciones de trabajo:

«Tarrasa era la plaza más cara de toda España y eso los amos lo sabían, lo sabía todo el mundo...y les hicimos la primera huelga por la carestía de la vida... el primer paro del Franquismo por el coste de la vida (...) teníamos que comer con las máquinas enchegas, y así no se puede vivir, y les montamos una huelga... todos estaban conmigo».

Sin embargo en la Fabra y Coats, según refiere Georgina, las primeras movilizaciones fueron de solidaridad con el paro de otras empresas, pues en la suya las condiciones de trabajo y los salarios eran muy superiores al resto de empresas de su Ramo. Aunque ambas insisten en explicar su compromiso a partir de una conciencia obrerista adquirida en la familia. Su participación posterior en las CCOO se produjo a través de las relaciones con el PSUC, al que pertenecían algunos de sus familiares, entre ellos los maridos de ambas. A partir de ese momento su actividad no se desarrolló ya sólo en la fábrica aunque es ésta la que aparece siempre como espacio prioritario, sino en las reuniones y actividades clandestinas de las comisiones obreras, participando por ello posteriormente en la formación de la primera Comisión Obrera en sus respectivas empresas. A pesar de ello su relación con la política es ambigua, pues aún habiendo apoyado y participado en distintos modos en las actividades del partido, sus relatos establecen reiteradamente su distancia de la política

«... yo no he sido nunca política, no me gusta la política... Me gusta defender al trabajador, pero nada de política... Yo he luchado para defender a la clase trabajadora... ha sido mi lucha interna. Y esa es mi lucha defender al trabajador. Yo he sido muy dura con mis compañeros: aquí no quiero gandules. Yo con mi faena nunca me tuvieron que regañar. Yo cumplía con mi faena» (Celia García).

y su mayor identificación con las movilizaciones de fábrica *«pues la verdad aunque iba mucho al sindicato y participaba en reuniones me limitaba como aquel que dice a la empresa... lo mío era la empresa»*

(Georgina Villanueva), o con los movimientos vecinales contra la carestía de la vida y por la mejora de las condiciones de vida en los barrios. Sin embargo ni sus trayectorias militantes que, efectivamente, se iniciaron en los nuevos movimientos vecinales y fabriles de finales de los cincuenta, ni los relatos de sus actividades sindicales y políticas avalan tampoco en este caso una interpretación del sindicalismo como un «nuevo tipo de movimiento obrero» en ruptura con las experiencias anteriores al Franquismo. No sólo por sus relaciones con el PSUC, sino también porque como hemos visto anteriormente, todas ellas establecen una relación muy directa entre su participación en los movimientos sindicales y sociales en la postguerra y los valores de las culturas políticas de las organizaciones obreras «tradicionales» —anarquistas y comunistas— a las que habían pertenecido sus padres y de las que ellas mismas habían participado a edades muy tempranas. Unas culturas políticas que reencontraron además en los lugares de trabajo a través de las mujeres militantes de generaciones precedentes que, al parecer, tuvieron una influencia tan destacada como silenciosa en los primeros conflictos laborales de postguerra, introduciendo a las jóvenes en las culturas empresariales y en las condiciones del liderazgo obrero.

1.3. *Los precedentes de la autonomía y la praxis femenina en la política, los movimientos sociales y el sindicalismo*

La participación de las mujeres de estas generaciones en las movilizaciones obreras, en la política y en el sindicalismo democrático estuvo, pues, marcada por sus vivencias anteriores en la República, la Guerra, el exilio y la resistencia. Estos acontecimientos reclamaron imperativamente la implicación de las mujeres en la esfera pública, incluso la de aquellas que habían permanecido hasta el momento alejadas de ella. Sus relatos evocan irónicamente los múltiples estereotipos sobre las mujeres que saltaron hechos añicos en esos años

«de mi madre pues que había vivido siempre en su casa porque mi padre era un revolucionario pero con los prejuicios de todos los hombres... pues luego les dio una lección a todos... era la que más sabía... ella movió todo... los avales... los sacó a todos de la cárcel... y ella pues sacó la casa adelante... y cuando fusilaron a mi padre igual... ella tiró para adelante que decían que no sabía... que no sabía de letras ni de ná, mi madre, pero a todos nos sacó para delante» (Francisca Redondo).

La participación en el frente, el trabajo en la retaguardia durante la guerra, el mantenimiento económico de las familias mientras sus pa-

dres, novios, hermanos y maridos estaban en el frente, en prisión o en el exilio, la recogida de avales para sacar a sus familiares de campos de concentración y cárceles, o la acogida de huidos y guerrilleros, dio a las mujeres un papel de primer orden en la supervivencia cotidiana y política. Aunque la conciencia de ello se inscribió, sin duda, más decididamente en la experiencia de las mujeres que en la de los hombres, por mucho que la supervivencia de éstos dependiera especialmente en esos años de la transgresión de esos estereotipos

«Bueno sí mi madre, uy mi madre, mi madre ha cruzado Madrid, con dos pistolas alrededor del cuerpo... que yo misma se las ayudaba a colocar no. Porque había un problema en una fábrica, y ha cruzado Madrid, con esas pistolas en su cuerpo para llevarlas a los compañeros que más tarde... o sea que ella lo que mi padre la mandaba era lo que hacía».

Pues mientras las mujeres, incluso las que permanecieron ajenas al dirimir político, lo vivieron, además de cómo solidaridad y protección de sus familias, como un itinerario de autonomía personal, sus relatos sugieren que los hombres y las organizaciones políticas lo circunscribieron a una expresión de cohesión familiar y política. De ahí que aún cuando ellas mismas aceptaran, no sin ambigüedades y no totalmente, relegar a un segundo plano sus intereses y sus necesidades durante los años de guerra y clandestinidad, acabado este compás de espera situaron sus reivindicaciones en un primer plano, en continuidad con lo realizado y lo adquirido durante esos años, reencontrando sin embargo en sus interlocutores masculinos, el discurso de la cohesión de clase:

«Y eso en las organizaciones obreras y políticas se notaba también, o sea, las que destacamos más, pues destacamos no porque nadie nos reconociera nuestros derechos, comprendes, sino porque nosotras luchábamos por lo que se luchaba entonces ¿no?, pero al paso pues tú ya ibas haciendo... ¿no? te ibas concienciando. No era una radical de esas que... me daba cuenta que eso tendría que tener un tiempo y aprovechaba a mis compañeros, en fin, a que se deshiciera ese tabú de que las mujeres... Y, pero yo, era muy consciente ya de aquellos tiempos, de que eso, y lo había vivido, no, que las mujeres jugaban el mismo papel, además ya lo sabía yo muy bien eso, por mis libros leídos y todo, ¿no? Sí, ya empezábamos a crear la idea de que, de que teníamos que educar a nuestros compañeros en que nosotras éramos iguales que ellos, pero no... ellos no... (...) y yo tenía la idea muy clara de que la mujer tenía una lucha específica que llevar a cabo, a más de la general. Y en el año 65, que fue la primera reunión de mujeres para formar ese movimiento, estaba yo con las compañeras que decidimos que la lucha de la mujer

era la mujer la que la tenía que conquistar... porque los hombres no... sería lo que nosotros impusiéramos a los hombres, impusiéramos. Y desde el primer momento fui de las primeras mujeres que creamos los organismos de mujeres. Las compañeras que estábamos formadas pues aprovechábamos las asociaciones de vecinos y los grupos de mujeres por nuestras cosas y por el deterioro del barrio. Y siempre que he tenido ocasión he trabajado en el movimiento feminista. Y ha sido él que ha cambiado las, por lo que tú estás ahí, y yo estoy aquí. Que sino, no, estarías en tu casita y yo también en la mía. Pero eso lo ha conseguido, no los partidos políticos, ni siquiera el mío, sino la lucha del movimiento feminista y, los hombres se mantenían los mismos, y ahora también, ¿no?... o sea que eso costará trabajo... eso es otra lucha distinta» (Mauela Rodríguez).

La significación divergente que los hombres hicieron del trabajo y de las experiencias realizadas por las mujeres durante esas décadas, constituye una clave explicativa de los desencuentros —en el sindicalismo y la política— en la época de la transición y de la emergencia lenta de la organización autónoma de las mujeres dentro del sindicalismo en los años setenta. Pero ésta será ya una experiencia vivida por las generaciones siguientes.

Huelga decir, tal vez, que esta participación en el movimiento obrero no modificó, salvo excepciones, la asunción de sus responsabilidades familiares, máxime cuando en la mayor parte de los casos, los maridos tenían una militancia política destacada que se consideraba prioritaria respecto a la de sus esposas. Por ello la implicación de estas mujeres en la política descansó a su vez en el apoyo de sus madres, no sólo por lo que se refiere al cuidado de los hijos o de la casa, sino también en las tareas clandestinas, como era ocultar las imprentas, o la propaganda clandestina, vigilar las casas mientras se hacían las reuniones o dar acogida a militantes en situaciones de riesgo, aun cuando a veces se las presente como «*mujeres de su casa*». La tradición de estas familias, de la que hemos hablado más arriba, favoreció estas redes de solidaridad que fueron decisivas para la supervivencia en la clandestinidad y también para el sostén de las movilizaciones sociales.

No es fácil descifrar la expresión de una especificidad femenina en el sindicalismo democrático de estos primeros años. Sobre todo porque ello requeriría la comparación con las experiencias masculinas, lo que no abordamos en este momento. Podemos en todo caso aproximarnos a la representación que las mujeres hacen de su experiencia en confrontación con sus compañeros en el trabajo, en la familia o en sus organizaciones. Muchos de los relatos relativos a estas movilizaciones evocan

una manera muy concreta de hacer política que enraizaba además en el tejido previo de relaciones personales en los centros de trabajo o en el vecindario. Una modalidad que a menudo entraba en conflicto con la de los líderes orgánicos de CCOO.

«S'havia de fer un treball molt meticolós, molt conscienciat, molt treballar amb la gent. I a base de conseguir, de treballar amb la gent, de parlar amb la gent, doncs, conseguies. Jo me venia bé perquè era dintre del meu recinte, quan venien les noies amb les hores de treball que tenien les alumnes als dematins, doncs me venia de poguer parlar de tota aquesta problemàtica. Allavòrens jo, tant se val al vestuaris com a tot arreu vaig començar ja a treballar amb les companyes de reivindicant drets, reivindicant drets, reivindicant vacances, reivindicant festes. Allavòrens totes aquestes coses les vaig anar treien jo a la palestra. I vaig anar creant ja un clima, m'entens. Això va donar un arraigo. O sigui això va ser com van néixer les Comissions Obreres, i ens vam emparar a aquestes lluites, perquè per organitzar-les tenies que reivindicar una sèrie de coses que ens estàvem fent falta. Unes coses justes, les festes, les vacances, els sous, tot això eren coses que clamaven, i claro la gent poc a poc les va anar obrint. I després va venir un (el...) que li van anomenar, li van escullir de Comissions i això el va fer creure a ell... la cosa va anar creant problemes perquè ell era la persona que cridava a la vaga i a la mobilització, "por un quítame esas pajas", m'entens. I sortia amb els altaveus cridant... perquè jo sabia que havia un grup de noies que tenien un problema amb el treball i ja estava ell posat a dintre. Coses que faltava una madurez sindical, una madurez política. Molts enfrontaments amb companys molt bons de Comissions que havien vingut de fora i que tenien una experiència sindical, i ja es creien... El sindicat de Tarragona anava de mal en pitjor» (Carmen Casas).

Estas mujeres eran muy conscientes de que la fuerza de las movilizaciones se fraguaba en el diálogo y la cohesión en los centros de trabajo

«no sé cómo decirte, cuando en el sindicato de comisiones se preparaba una huelga, del textil, se llamaba a los delegados, cuando se iba a la asamblea se hacía que cada fábrica o cada comarca dijera cómo estaba la situación en su fábrica para ver si se hacía huelga o no. Porque claro, para hacer una huelga tiene que haber condiciones, tienes que trabajar a la gente, prepararla. Yo hablaba con la gente a nivel personal (...) pero claro había otros que estaban siempre de piquetes por ahí y claro su fábrica no paraba nunca, dejaba su fábrica y se iba a los piquetes a parar otras fábricas... para mí eso no tenía lógica. Y claro la gente si no está preparada no la haces parar. Yo si mi fábrica no paraba no tenía valor para ir a parar a otras. Votaban la huelga y su fábrica no estaba prepara-

da. Yo no estaba de acuerdo que vinieran a parar mi fábrica si no estaba preparada». (Georgina Villanueva).

Y era en este diálogo, en la profesionalidad y en la honestidad personal, más allá de ideologías, en el que enraizaban su liderazgo,

«A mí nunca me han tenido que decir nada por mi trabajo. Yo era muy dura con los hombres: aquí no quiero gandules. Y yo aunque he sido analfabeta todo lo he conseguido en mi empresa, y todos estaban conmigo (...). Pero uno que se llamaba camarada se dedicó a desprestigiarme porque él no podía conseguir nada. Porque no tenía lo que se tenía que tener: cinco sentidos para saber respetar a la gente. Para conseguir las cosas hay que hablar con la gente» (Celia García).

En cierto modo, en relación con la experiencia de la generación siguiente, estas mujeres vivieron, por las circunstancias de la guerra y la disgregación familiar posterior, más autónomamente. Las modalidades más flexibles y abiertas de las primeras movilizaciones fabriles y vecinales les permitieron también expresar más libremente sus problemas y sus reivindicaciones. Su experiencia sindical, incluso la de aquellas que por su militancia política tuvieron un papel destacado en la organización de las CCOO, se desarrolló ligada muy concretamente a la reivindicación por la mejora de las condiciones de trabajo en las fábricas, los movimientos contra de la carestía de la vida, y la mejora de la vivienda y de los barrios. Pero a medida en que la política sindical se fue configurando progresivamente fuera de los centros de trabajo, su protagonismo y control de la gestión de los conflictos laborales se hizo menor que el que habían tenido en las décadas anteriores. Una experiencia similar a la vivida en las organizaciones políticas por aquellas mujeres que como Carmen, Manuela y también en cierto modo Francisca, tuvieron un papel de primera línea durante la clandestinidad pues en el proceso de reorganización del PCE-PSUC la masculinización de sus estructuras organizativas las relegó a un segundo plano. Las reacciones ante ello no fueron, claro está, homogéneas, pues mientras Manuela, por ejemplo se distanció por ello del partido y se fue aproximando al movimiento feminista, otras como Carmen confiaban aún en la capacidad de las mujeres para negociar desde dentro nuevas relaciones de poder.

«... I l'època de la clandestinitat igual, per això em va doldre el..., com t'he vaig explicar, preferien al meu marit (per venir a reorganitzar a Espanya el partit). Jo vaig haver de fer l'autoreflexió de dir, és que, cada cosa a la seva circumstància i al seu moment. En aquell moment

s'havia d'optar per una decisió així, però no deixava doncs de doldre, perquè pensaves "jo ho puc fer tan bé com ell", perquè he demostrat quan he estat en un puesto de responsabilitat política, que he sapigut estar-hi tant a l'altura d'ells, com va estar ell. Per això, no veig, això de que el feminisme s'ha de veure des de..., s'ha de treballar i s'ha de lluitar pel feminisme des d'un partit de dones a part: no. Jo crec que les dones han d'estar integrades. I sinó és un íntegrament total... i exigit, i demostrar als companys que van equivocats des de dintre, des de fora no els hi faràs veure. Se'ls hi ha de demostrar des de dintre».

Ambas posturas anticipan en esta generación, un problema que sería central en la experiencia política de las jóvenes en las décadas posteriores.

II. Las militantes de los años sesenta: la herencia del pasado republicano

II.1. *Completando la cadena de transmisión de la cultura política*

Durante los años 60, un nuevo grupo generacional de mujeres nacidas entre 1944 y 1950, se unió a las generaciones anteriores en el proceso de creación de las Comisiones Obreras¹⁹. Al igual que en las biografías que venimos de analizar, muchas de las mujeres de esta generación vinculan muy directamente su militancia antifranquista a la de su familia de origen, en especial la de sus padres, como afirman explícitamente Mercedes López, «*en parte, mi militancia viene por lo de mi padre*» o Julia Froilan «*Esto son ideas de mi padre, eh, que las hice más pero esto son ideas de él (...)*Y de hecho es una cosa que o yo la llevo en los genes o desde luego me la metió mucho». Pero también a la de los abuelos, como en el caso de Olga Miralles, «*I a mi potser d'això, de l'avi i pare, em ve una mica el, em va venir una mica la dallonses, la... les ganes de fer algo, en l'època franquista que no podies obrir la boca*

¹⁹ Para analizar a este grupo generacional hemos utilizado las biografías de Joana Agudo, Teresa Buigas, Teresa Fortuny, Julia Froilan, Mercedes López, Cinta Llorens, M.ª Dolors Martínez, Montserrat Milià, Olga Miralles y Contxita Roig. Hemos trabajado con las transcripciones de las historias de vida de todas ellas excepto en los casos de Montserrat Milià y de Contxita Roig, que al no estar aún autorizada la consulta, hemos utilizado sus perfiles biográficos ya publicados. Hemos incluido en el mismo grupo también a Olga Miralles porque a pesar de haber nacido en 1933, su militancia se inició en los años 60. De hecho, su biografía comparte elementos de la primera y de la segunda generación de mujeres que hemos considerado en nuestra investigación.

(...) *pot ser jo ja el portava als gens*». Aunque la represión sufrida después de la Guerra significó el final de la militancia política de la mayoría de sus padres, el núcleo doméstico fue una de las vías de conservación y transmisión de la experiencia personal y de la memoria colectiva del pasado republicano y militante²⁰. Casi todas ellas evocan la huella dejada por los relatos de la historia familiar «*Ens explicava tot el que podia, i era molt agradable... quan els diumenges acabavem de dinar cantaven cançons revolucionàries, potser per oblidar una mica que no havíem menjat massa. Jo penso que l'he ideat [idealitzat] molt el meu pare*» (Teresa Buigas) o la escucha en familia de Radio Pirenaica:

«L'únic lloc on sentia parlar de política era la família (...) Per tant, jo vaig créixer, i els meus germans vam créixer tenint molt clar què era el que havia passat, que representava el govern de Franco, no?, i que havíem de continuar la lluita per canviar aquestes coses, per canviar aquest govern, perquè els treballadors ens poguessim organitzar» (Teresa Fortuny).

Los mínimos gestos familiares han permanecido en la memoria de estas mujeres, como símbolo del antifranquismo paterno: «*Jo recordo que el meu pare s'aixecava i tancava la ràdio per no sentir el Cara al Sol*» (Cinta Llorens). Estos recuerdos vienen a relativizar, una vez más, las interpretaciones historiográficas que caracterizan a los miembros de la generación de estas mujeres como «mucho menos condicionados que las generaciones adultas por el trauma de la guerra, pero también desconocedores de las tradiciones sindicales y políticas anteriores al conflicto civil»²¹. En los casos en que los padres continuaron su militancia

²⁰ El padre de Cinta Llorens o el de Teresa Fortuny simpatizaban con las corrientes republicanas de la época, el de Olga Miralles fue militante de Esquerra Republicana de Catalunya y Jefe del Parque Móvil de la Generalitat, los de Julia Froilan, Montserrat Milià y Mercedes López habían con militancia comunista, mientras que los de Teresa Buigas y Conxita Roig eran anarquistas de significación política muy diferente. Así del padre de Conxita sabemos de vinculación sobre todo con las actividades de instrucción y ocio organizados por la CNT local, mientras que el de Teresa había recorrido Francia y Algeria, y participado en atracos de bancos para recaudar fondos al lado de Durruti y Ascaso. La represión por estas actividades fue muy dura en algunos casos. Así al padre de Julia Froilan se le condenó a la pena de muerte, el de Teresa Buigas fue condenado a dos penas de muertes, finalmente conmutadas, o el de Mercedes López que inició en 1939 un periplo penitenciario de unos ocho años.

²¹ Carme MOLINERO; Javier TÉBAR; Pere YSÀS, «Comisiones Obreras de Cataluña: de movimiento sociopolítico a confederación sindical» en David RUIZ (dir.), *Historia de Comisiones Obreras (1958-1988)*. Madrid: Siglo XXI, 1993. p. 70.

después de la guerra la influencia fue aún más directa pues no sólo arrojaron ideológica y familiarmente la militancia de las hijas, sino que las pusieron personalmente en contacto con la oposición antifranquista, en concreto con el PSUC. Como sucedió con Mercedes López, Montserrat Milià o Teresa Buigas.

En el primer caso, estas mujeres no se presentan tanto como herederas de una ideología concreta, sino de la tradición militante obrerista y republicana represaliada y del antifranquismo paterno, *«les persones que d'una manera generosa van lluitar i continuaven lluitant per mantenir les llibertats, perquè es respectessin els drets dels treballadors»* (Teresa Fortuny). Algunas adoptaron una militancia comunista como la de sus padres, pero de ella conservan más que la ideología, sus componentes utópicos: *«Creíamos que íbamos a conseguir el mundo feliz»* (Julia Froilan). Y en los relatos de casi todas ellas, predomina desde luego la componente de lucha por las libertades civiles *«en l'època franquista tu no podies obrir la boca»* (Teresa Buigas), *«era un país en el que no se podía hablar de nada»* (María Dolores Martínez), *«la gent ha de tenir llibertat per a reunir-se pues és innat, que la gent ha de tenir llibertat per poder-se expressar és innat»* (Juana Aguado), o políticas: *«una dictadura és la carència de llibertats i això implica un malestar de lo que és la vida»* (Cinta Llorens).

La figura de la madre es así mismo un referente muy importante de los relatos de estas mujeres, pues incluso aún cuando no tuvieran por lo general un pasado de militancia activa²² proporcionaron a sus hijas un modelo de mujer fuerte e independiente a contracorriente de los modelos difundidos por el Franquismo. Como hemos indicado ya al hablar de las generaciones anteriores, la guerra y sus consecuencias significaron para muchas mujeres la asunción de un papel de primer orden en la supervivencia cotidiana y política. Ese fue el papel que tuvieron que desempeñar las madres de esta segunda generación. Fue el caso por ejemplo de la madre de Cinta Llorens que llevaba el peso del negocio familiar teniendo hijos muy pequeños, o también el de la madre de Te-

²² Se dieron excepciones a esa inexistencia de militancia femenina durante el período republicano o en el primer franquismo. Alfonsa, la madre de Teresa Buigas, con 16 años al inicio de la Guerra Civil, fue la encargada de un taller de ropa militar organizado por la CNT, y en 1939, estando preso su marido y con una hija pequeña, colaboró con grupos antifranquistas a ayudar a excombatientes republicanos a pasar la frontera. Por su parte, la madre de Conxita Roig colaboró durante la Guerra Civil con el bando republicano y después de esta no dejó de expresar una actitud antifranquista de modo mucho menos discreto a tal y como lo hacía el padre.

resa Fortuny que además de las tareas domésticas era quien controlaba «*els diners del menjar*» y a quien presenta como «*la que governava*». Muchas de estas mujeres aún no militando personalmente fueron las que sostuvieron la militancia de los maridos, como afirma de su madre Mercedes López, «*ha sido la que ha dado soporte a toda la militancia que ha tenido mi padre*» siguiendo el recorrido del marido por diversas cárceles y «*cuidar los hijos un montón de años, tener que tirar palante, o irse a sitios sola sin haber conocido nada, sin saber leer ni escribir*». Y dieron cobertura a la militancia de las hijas, cuando estas empezaron a utilizar el domicilio familiar para reuniones, por ejemplo, o colaboraron incluso en la preparación de la prensa clandestina como en el caso de la madre de Olga Miralles.

Si casi todas las entrevistadas refieren su ideología antifranquista a los padres, todas atribuyen al modelo materno el carácter y la decisión personal que requería la militancia en esos años, especialmente para las mujeres. El referente femenino de una madre fuerte e independiente constituyó la otra cara de la moneda de la identidad política del padre. «*Home, potser el fet de criar-me sense pare, el tenir una mare molt lliberal. Perquè sempre ens va deixar fer lo d'allò. M'ha donat un caràcter molt independent*» (Olga Miralles). «*La meva mare era de les que pensaven que encara que fossim noies teniem que tenir una carrera igual, viure i no necessitar mai un home*» (Cinta Llorens). En algunos casos esas referencias a las figuras femeninas se hacen extensivas a las abuelas,

«Jo penso que l'àvia, la idea que tenia d'ella, i que tinc, és que era una dona poder una mica avançada al seu temps, amb unes idees molt clares del paper que ha de jugar la dona i del paper que es tenia o es té reservat a la dona, però bàsicament que en tenia en el moment en que ella va viure (...) L'avía ens animava a militar» (Teresa Buigas).

En definitiva las mujeres de esta generación trasladaron a la esfera política una autonomía que dentro de su familia habían mostrado previamente sus madres. Pero éste no es un cambio que inicie esta generación, pues como hemos visto, las mujeres del grupo anterior, coetáneas de las madres de éste habían anticipado ya tres décadas antes el itinerario seguido ahora por las mujeres de estas familias.

II.2. Trayectorias de militancia: práctica sindical y sindicalismo político

De las diez mujeres de este grupo que se integraron en CCOO durante los años sesenta, seis procedían del PSUC (Julia Froilan, Teresa Buigas, Mercedes López, Montserrat Milià y Maria Dolores Martínez)

tres de las JOC (Contxita Roig, Teresa Fortuny, Olga Miralles) y una del FOC (Juana Agudo). Organizaciones en las que comenzaron a militar a edades muy tempranas (entre los 14 y los 20 años). Ya ha sido señalada la importancia que tiene para la afiliación sindical en CCOO «*las relaciones que no son estrictamente de trabajo y que no tienen por qué producirse dentro de la empresa (...) las relaciones de tipo familiar y/o vecinal y que se producen en la comunidad territorio*»²³. Efectivamente, las mujeres que accedieron al PSUC lo hicieron a través de familiares o amistades. Las que ingresaron en la JOC y en el FOC lo hicieron a partir de las relaciones personales establecidas en círculos culturales, a los que asistían más que por las actividades de ocio (fiestas, excursiones, charlas) por la búsqueda de canales de expresión política de la herencia familiar. Estas redes de socialización son un elemento distintivo respecto del grupo generacional anterior, cuyas trayectorias vitales estuvieron mucho más vinculadas a la lucha por la supervivencia.

La mujeres que inicialmente participaron en la JOC provenían de familias con una tradición política familiar ajena al comunismo. Eran hijas de antiguos militantes sindicales, de la UGT o de la CNT, o de padres procedentes de otras organizaciones, como ERC. Su posterior participación en CCOO las acercó sin embargo al PSUC por la predominancia de sus militantes en el sindicato, aunque este acercamiento no siempre conllevó una militancia activa. Este fue el caso de Olga Miralles cuya militancia fue muy efímera aunque continuase perteneciendo al partido, «*Vaig entrar en una cel·lula que eren més quadrats, ..., que eren més quadrats que fets d'encàrrec. I al cap de quatre dies vaig plegar i vaig dir jo Comissions. Seré nominalment però a mi no m'emboliqueu*». Y el de Teresa Fortuny que pasó de la JOC a los GOA y después a la OIC ingresando en el PSUC en 1979, disuelto ya su grupo político, porque a él pertenecían la mayor parte de los que habían sido sus compañeros de CCOO los años anteriores. Juana Agudo es la única de las mujeres de este grupo que durante el franquismo se mantuvo al margen del PSUC. Así, en este caso, la participación inicial en las luchas estudiantiles y su ingreso en el FOC, dio paso al abandonar el mundo universitario y entrar a trabajar en una fábrica a su militancia sindical en las CCOO, pero su militancia política posterior se desarrolló en organizaciones trotskistas (LCR).

²³ REBOLLO [*et alter*], *op. cit.* p. 9. Este estudio se refiere a la afiliación en 1992, pero indica expresamente la importancia de las redes de parentesco en el colectivo de afiliados anteriores a la legalización.

La militancia sindical coincide casi en todos los casos con la entrada en el mercado laboral, pero sus motivaciones no parecen tener ninguna relación con la experiencia de trabajo. Eran mujeres con una conciencia y una praxis política previas a su militancia sindical y a su experiencia laboral. Casi todas ellas coinciden en presentar su entrada en las Comisiones Obreras en términos muy parecidos a los que utiliza Mercedes López al afirmar «yo llegué al sindicato por política».

Si nos fijamos en su formación podremos distinguir tres grupos inicialmente diferenciados. Aquellas que nacidas en familias con recursos económicos muy escasos, tuvieron una formación muy escasa y una entrada muy temprana en el trabajo de fábrica —entre los 11 y 12 años— como Teresa Buigas que ni siquiera fue escolarizada, Mercedes López que asistió a la escuela sólo a temporadas, y Contxita Roig que a partir de los 11 años simultaneó el trabajo con los estudios en una academia nocturna. En el otro extremo se sitúan las que realizaron, a pesar de la oposición paterna, estudios superiores: de magisterio, en el caso de Cinta Llorens y de Filosofía y Letras en el de Juana Aguado, aunque en éste último caso la realización de sus proyectos profesionales se vio obstaculizada por la militancia política y la maternidad. A medio camino entre estos dos grupos se encuentra el de las mujeres que aún contando con el apoyo de su familia, interrumpieron su escolarización por los reveses económicos (Montserrat Milià y Olga Miralles) o la temprana militancia (Julia Froilan y Teresa Fortuny) y comenzaron igualmente a trabajar en fábricas. El proceso de «proletarización política» realizado por alguna de ellas, iba a ser más frecuente en la siguiente generación. En palabras de Teresa,

«lo que si que ens exigeixen és que cada militant hem de tenir un front de lluita: o un està vinculat a una associació de veïns del barri i planteja lluites veïnals, o se'n va a una fàbrica a organitzar gent i a organitzar lluites. I això és lo que em fa a mi plantejar-me deixar el magatzem de fustes, i em busco feina amb una empresa... a la fàbrica, de treball manual».

El encuentro en la militancia de estas mujeres, con compromisos políticos muy similares y niveles económicos diferenciados, no estuvo exento de tensiones. Como afirma Montserrat Milià «*per una banda estaves lluitant, o intentaves, en aquelles èpoques, començaves a tenir, a coneixer les condicions en les que es treballava a les fàbriques, en canvi tu encara tenies com uns deixos que et venien d'haver viscut en un ambient diferent*». Mientras desde los medios obreros, como recuerda Conxita Roig, veían a los universitarios y trabajadores de despacho o abogados como «*intel·lectuals, niños bonitos*». Sin embargo, estas

diferencias se reflejaron mínimamente en el carácter su militancia sindical, pues con muy pocas excepciones, y a pesar de que muchas de ellas fueron elegidas representantes en los Sindicatos Verticales (Julia Froilán) o en comisiones de fábrica, la desarrollaron principalmente fuera de sus centros de trabajo, y ésta raramente tuvo relación con cuestiones laborales. Como casi todas ellas subrayan, en el contexto represivo del franquismo, la militancia en las Comisiones Obreras era una de las pocas formas posibles, de ejercer la política. La ausencia de reivindicaciones laborales en su práctica sindical se explica también por las características de las empresas en que trabajaban, por lo general de tipo familiar con muy pocos trabajadores. Incluso las que trabajaron en empresas más grandes desarrollaron su actividad sindical al margen de estas. *«Jo la meva feina de cara, diguem-ne, de cara al món laboral va ser més de cara a fora amb Comissions, que dins de l'empresa»* (Olga Miralles). La frontera entre militancia sindical y política era muy difusa, como pone de manifiesto muy elocuentemente Julia Froilán, *«...porque en Comisiones simplemente era asistir a las asambleas y digamos que ayudarle en aquellas cosas que nosotros podíamos. O sea, estábamos volcados completamente a lo que se decidiera en Comisiones, pero desde el Partido, por decirlo de alguna manera»*. Las actividades sindicales fuera del centro de trabajo, incluso fuera de sus localidades de residencia, eran muy variadas: las tareas de coordinación de los centros de trabajo o de las empresas de un mismo ramo, pintadas, piquetes en huelgas, recogida de dinero para la organización o para los presos, tareas de propaganda clandestina, siendo a menudo las encargadas de ocultar en sus casas, multicopistas y vietnamitas y participando también en la distribución de la prensa. En algún caso asumieron así mismo cargos y responsabilidades en la «estructura» de las Comisiones Obreras. Teresa Buigas fue miembro del Comité Comarcal y también responsable del PSUC en Santa Coloma, Olga Miralles representó a Badalona en la Comisión Obrera Nacional de Catalunya. No fueron éstas sus únicas actividades militantes pues casi todas ellas, estuvieron también en las Asociaciones de Vecinos, siendo en muchos casos ellas mismas las creadoras de dichas asociaciones, como sucedió con Teresa Fortuny, Mercedes López, o Teresa Buigas. Y durante la transición algunas tuvieron cargos municipales, sobre todo en las primeras elecciones. Todo esto nos confirma que, su militancia sindical ésta era sólo una faceta más de su militancia política antifranquista, una militancia que sería el eje de sus biografías en unos años que como recuerda Julia Froilán *«no vivías más que para el Partido y para Comisiones, nada más»*. O en palabras de Teresa Buigas

«hi havia tal proliferació de coses, tan poc temps per fer-les, que era un... una olla, era una olla bullint...».

II.3. *Los límites del igualitarismo en el sindicato y en la política: protagonismo femenino y cancelación de su representatividad en las organizaciones obreras*

Las mujeres de esta generación vivieron inicialmente su militancia sindical y política como una posibilidad de escapar a la subordinación y la discriminación femenina existente en otros ámbitos de la sociedad franquista. En palabras de Cinta Llorens *«jo estava còmoda, estava feliç, me sentia persona... va ser la primera vegada que a mi em van tractar no com una dona (...) les noies pintavem el mateix que els homes»*. Esta imagen contrastaba particularmente con la vivida en el ámbito laboral. Y sin embargo los recuerdos de las discriminaciones sufridas en el trabajo no adquieren la misma densidad que las que, a pesar de sus expectativas, experimentaron en su vida militante. Probablemente porque mientras la discriminación en el trabajo se daba por descontada, no sucedía lo mismo con las organizaciones sindicales y políticas en las que participaron. Efectivamente, ni el papel de liderazgo que desempeñaban en sus empresas, ni el protagonismo que tuvieron en la organización de las comisiones de fábricas, les permitió tener una representación correspondiente en las estructuras organizativas de CCOO: *«Erem dones les que vam muntar les Comissions Obreres en allà. En canvi els dirigents del petit metall, que era amb els que ens vinculàvem fora de l'empresa ja eren homes, ja eren homes»* (Joana Agudo). Minoría fueron también por tanto las que participaron en los niveles de mayor jerarquía: *«A la [Comisión Obrera] Nacional de Catalunya jo vaig ser l'única dona, eh, jo... Però sempre tots eren homes, jo l'única dona»* (Olga Miralles). Sin que ello pudiera atribuirse al menor grado de participación en las movilizaciones de fábrica; al menos no es ésta la razón que se desprende de sus relatos que destacan por el contrario la actitud de los propios compañeros sindicalistas. Las críticas al respecto son rotundas. *«No hi ha una organització més masclista en aquest món que la sindical i la política»* (Cinta Llorens). *«Mira, inclús ara quan una dona milita, cada dia te que demostrar que val als seus companys, que teòricament haurien de ser els més entenedors d'aquestes problemàtiques... no era fàcil quadrar a un tio, per més comunista que fos»* (Teresa Buigas). En este sentido las mujeres de esta generación comparten con los otros grupos generacionales la misma experiencia, pues su protagonismo en las movilizaciones laborales y en las comisio-

nes de fábrica, no obtuvo un reconocimiento dentro del sindicato. La invisibilidad de las mujeres en las organizaciones obreras, tantas veces achacada a la supuesta extraneidad de las mujeres, no es ajena a estos procesos de cancelación de su capacidad de representación que, reconocida muy a menudo en los centros de trabajo y en los procesos de negociación a pie de fábrica y de barrio no han logrado trascender sin embargo a las estructuras organizativas.

Estas resistencias en el ámbito público tenían su correlato en las propias familias y parejas, la mayor parte de las veces militantes de sus propias organizaciones sindicales y políticas. Aunque esta situación no se desvelaba antes de la llegada de los hijos, pues en la primera fase del ciclo familiar, la endogamia política de estas parejas reforzaba la militancia de ambos cónyuges. Sin embargo la maternidad fue en casi todos los casos uno de los puntos de inflexión de sus trayectorias militantes. Algunas interrumpieron por ello su militancia, lo que a su vez implicaba la desvinculación del círculo de amistades y de relaciones personales mantenidas hasta ese momento. Como manifiesta Joana Aguado «...en la mesura que passes a tenir una criatura, quan ningú te criatures,...passes a tenir uns horaris diferents, unes necessitats diferents, unes vivències diferents. et quedes una mica aïllada». Pero casi todas las que intentaron preservar su militancia debieron confrontarse a conflictos con sus parejas:

«Després hi ha una doble moral de cara al Partit o de cara al sindicat o de cara enfora, “hem de potenciar la dona”, però en canvi, de cara endintre, a la llar, doncs normalment aquesta potenciació de la dona no es dona. La situació és molt diferent. Quan hi ha una reunió que ha d’anar la parella, si hi ha criatures petites o altres coses a fer, ningú dubta que és l’home que ha d’anar, ningú entén que vagi la dona i l’home es quedi a casa» (Teresa Buigas).

La posibilidad de contar con otras mujeres de la familia, especialmente de las abuelas, o el arrastrar a los hijos a reuniones, manifestaciones y asambleas eran por lo general los únicos medios de mantener la militancia mientras los hijos eran pequeños. Casi todas ellas, recuerdan, a veces con amargura, el coste de la prioridad dada en aquellos momentos a la política: «Un fill molt abandonat en aquests anys, un fill molt abandonat, molt amb els avis, molt amb qui podia» (Teresa Buigas).

Sin embargo, y a diferencia de las generaciones posteriores, estas experiencias no les llevaron a una formulación teórica y mucho menos a una militancia específicamente feminista, a la que eran frecuentemente contrarias, «no creo que haya aquí nadie más feminista que yo, pero

yo no estoy dispuesta a hacer de mujer también en política» (Julia Froilán). Efectivamente, en esta generación, fueron mayoría las que rechazaban de pleno la organización autónoma de las mujeres. «*Això de crear associacions de la...organitzacions de la dona perquè ho portin les dones, a mi no m'ha tirat mai, i de fet m'he negat sempre a participar com a tal»* (Teresa Buigas). De hecho la participación en iniciativas orgánicas específicas de mujeres, como en el caso de las Mujeres Democráticas del PSUC, fue promovida a menudo desde la cúpula del partido. «*Y luego encima nos dijeron que había que montar lo de las mujeres, y digo "nos dijeron" porque yo nunca estuve con esa idea»* (Julia Froilan) despertando prevención en la mayoría de ellas «*Ui! si una vegada em van volguer posar amb les dones democràtiques, que encara no sé que són. I quan vaig veure el panorama vaig dir, no, jo a treballar amb Comissions Obreres amb els homes»* (Olga Miralles). Para estas mujeres, militantes políticas y sindicales las tensiones entre las lógicas representativas del feminismo de la igualdad y de la diferencia se planteaban de forma antagónica, «*...si hem de fer una Comissió de la Dona hi hauria d'haver una Comissió de l'Home. Jo penso que hem de partir d'un tram d'igualtat»* (Teresa Buigas). Casi todas esperaban poder resolver la discriminación, de la que por otra parte eran muy conscientes, en el seno de las propias organizaciones obreras o en la esfera privada «*...he viscut una sèrie de coses que m'han portat a pensar que hi ha temes que s'han de solventar dintre de la família, de veritat, sobretot dintre de la família d'esquerres...»* (Teresa Buigas). La única mujer de este grupo que apoyó la creación de la Secretaria de la Mujer de CCOO aunque no llegó a ocupar ningún cargo de responsabilidad en la misma, partía precisamente de una visión crítica de los principios igualitaristas y de la imposibilidad de cambio de las organizaciones obreras, para Cinta Llorens:

«el tema de la igualtat és una enganyifa (...) el rolo de la igualtat... que és un discurs equivocat... hi ha dones que funcionen com a tios y que no tenen cap problema, perquè el mecanisme és el mateix.(...) hem de superar això de la igualtat, perquè ser iguals no és cap garantia de res (...) lo que hem avançat nosaltres les dones en quant a reconeixement de drets i en quan a la opinió pública i en quant a modificació d'actituds no ho ha aconseguit durant els últims 15 anys el moviment obrer».

Las mujeres de estas generaciones tenían una conciencia muy clara de la discriminación en la familia, en el mercado de trabajo y en las organizaciones obreras, pero a diferencia de las generaciones posteriores se resistieron a participar en las primeras organizaciones feministas, tal

vez precisamente porque en los inicios de su militancia sindical y política pensaron que estos espacios abrían una posibilidad a la igualdad entre hombres y mujeres a la que les costaba renunciar, aunque su experiencia en los años posteriores vendría a desmentir esta imagen. O tal vez también porque las exigencias de una militancia que se desarrolló en numerosos frentes agotaba la posibilidad de nuevos planteamientos que habrían de corresponder a las nuevas generaciones:

«Y yo no estaba de acuerdo y lo dije, que no, que no, que me parecía excesivo tener que movilizar a las mujeres cuando yo entendía que las mujeres y hombres debían hacer las mismas cosas, que separar era segregar y además agregar más trabajo a la mujer. A santo de qué tenían que tener, además de las reuniones de partido, además de las Comisiones, además de los hijos y además de la casa, además lo de las mujeres... No hombre no! Y además íbamos a las Asambleas de barrio, a las asambleas de vecinos» (Julia Froilan).

III. Las militantes de los años setenta: rupturas y continuidades

III.1. *La memoria silenciada: La interrupción de la transmisión de la cultura política familiar*

A diferencia de las generaciones anteriores, las mujeres que se incorporaron a la militancia política y/o sindical a partir de inicios de los años setenta, vivieron durante sus primeros años el silenciamiento de las experiencias políticas de las familias de origen durante la República y la Guerra, incluso aquellas que nacieron en familias de tradición militante que fueron represaliadas²⁴.

Ángeles Romero, Carmen Ortega, Isabel López, Justa Jiménez, o Consol Moreno pertenecen a estas familias que a pesar de la represión o precisamente por ella, «*nunca hablaban de política*», ni querían que sus hijos «*se metieran en nada*», cancelando la transmisión de sus ideas y sus compromisos políticos anteriores a la generación siguiente²⁵. Y

²⁴ Para analizar este grupo hemos utilizado las biografías de Anna Bosch, Nuria Casals, Adoración Diez, M. Jesús Franco, Aurora Gómez, Justa Jiménez, Isabel López, Consol Moreno, Carmen Ortega, M. Jesús Pinto, Carmen Povedano, Eugenia Sánchez y Ángeles Romero.

²⁵ El abuelo paterno de Ángeles Romero fue militante socialista y estuvo encarcelado tras la Guerra Civil, su abuela recorrió, junto con los 6 hijos de la pareja, todas las cárceles en las que estuvo su marido. El abuelo paterno y el padre de Carmen Ortega habían militado en la UGT y, junto a otros miembros de su familia (tíos y tías de Carmen básicamente) fueron encarcelados. La abuela materna de Isabel López emigró a raíz del asesinato de su marido por

sin embargo la mayoría de sus relatos establecen una relación entre la cultura y la experiencia política silenciada por sus padres y abuelos y su propia militancia. Este silenciamiento del pasado fue aún mayor para las mujeres que nacieron en familias cuyos abuelos podían identificarse con «los vencedores», o con tradiciones conservadoras, como el caso de M. Jesús Pinto, nieta de un reconocido falangista, de Aurora Gómez, cuyo abuelo materno había sido alcalde de Arreondo durante los años 40, o de Carmen Povedano, algunos de cuyos familiares habían sido Guardias Civiles después de la guerra. A pesar de ello, este silencio, no se tradujo en ningún caso en oposición a la militancia política o sindical de las hijas, salvo cuando ello implicaba una libertad de movimientos que la familia de origen consideraba impropia de su «condición de mujeres», o cuando supuso interrumpir los estudios previstos por sus familias para anticipar por razones políticas su entrada en el mercado laboral. Una opción seguida por la mayoría de ellas. De modo que, a diferencia de lo sucedido a las militantes de las generaciones anteriores, ni siquiera en los casos de aquellas cuyos padres o parientes tuvieron una militancia en partidos u organizaciones obreras de izquierdas, antes de la Guerra, puede hablarse de transmisión familiar. Cosa distinta es que los modelos parentales o los valores ético-políticos de estas familias fueran reapropiados «a posteriori» por estas mujeres como un elemento configurador de su propia identidad política. Algo común a casi todos sus relatos, como también lo es que vivieran los inicios de su militancia como una ruptura con la experiencia política de las generaciones anteriores, a pesar de que éstas fueron las que habían reorganizado en la postguerra los partidos obreros históricos en los que algunas de ellas militaron, y las que habían organizado las CCOO. Ello apunta a la mayor significación que las relaciones familiares tienen en la identidad generacional.

III.2. *De los movimientos sociales al sindicalismo: un itinerario en clave política*

Las vías iniciales de acceso a la militancia política y sindical de las mujeres de esta generación son diversas, pero podríamos distinguir cuatro tipologías: las organizaciones cristianas —JOC-HOAC—, el mo-

los falangistas. El abuelo materno de Justa Jiménez militó desde muy joven en el partido socialista. Detenido y encarcelado fue condenado a muerte y ejecutado durante la contienda militar. El primer marido y el primogénito de la madre de Consuelo fue detenido y fusilado en la Guerra, la madre de Consuelo nunca habló de este episodio con sus otros hijos.

vimiento estudiantil, las movilizaciones o las comisiones de fábrica y los movimientos vecinales. Pero diez²⁶ de las trece accedieron a organizaciones políticas antes de integrarse en CCOO y otras tres lo hicieron poco tiempo después²⁷, confirmando el carácter eminentemente sociopolítico del liderazgo del sindicalismo democrático. Y cuatro de ellas iniciaron, además, a mediados de los años setenta, su participación en el movimiento feminista, siendo éste uno de los elementos distintivos de este grupo generacional²⁸.

Adoración Díez, Justa Jiménez, Carmen Povedano y M.^a Jesús Pinto pertenecen al grupo de mujeres que iniciaron su militancia en los movimientos cristianos. Estos movimientos canalizaron hacia la vida ciudadana valores enraizados en la ética cristiana *«et trovabas amb gent que donava la vida pels altres i els testimonis d'aquesta gent em van impactar i em van fer pensar»* (Adoración Díez) y al mismo tiempo permitieron a las jóvenes *«trobar sortida a la situació de soletat y reclusió»* (M. Jesús Pinto) y ampliar sus redes de relaciones sociales más allá del cerrado mundo familiar y escolar. El encuentro con estos grupos se produjo en los *esplais*, ateneos, grupos corales, sardanistas..., como fue el caso de Adoración, o a través de las parroquias como en el de M. Jesús Pinto, Dora Díez o Justa Jiménez (JOC) donde las reuniones, como cuenta la primera fueron evolucionando *«desde la revisiones de vid hasta cuestiones más vinculadas al mundo laboral y obrero»*. En estos espacios, donde se organizaban además charlas y reuniones, tomaron contacto por primera vez con grupos y personas que participaban activamente en el movimiento antifranquista *«vaig començar a questionar-me el franquisme y la societat»* (M.^a Jesús Pinto). Esta pertenencia a las organizaciones cristianas encontró una primera vía de expresión en las movilizaciones estudiantiles, aunque la escolarización de todas ellas fue más breve que lo que en su época y en sus medios sociales se podía esperar. Su compromiso social les llevó en muchos casos a anticipar el final de los estudios antes de lo previsto por los padres con el objetivo de implicarse en el movimiento obrero, porque como muchas de ellas afirman *«la revolució l'havien de fer els obrers»* (Anna

²⁶ En el PSUC (Dora Díez, Carmen Povedano, Aurora Gómez), en las JC (M. Ángeles Franco), en el MC (Núria Casals y M. Jesús Pinto), en el PSAN (Anna Bosch), en BR (Consuelo Moreno y Carmen Ortega), en el PCI (Justa Jiménez). A largo término la mayoría de ellas acabaron militando en el PSUC.

²⁷ Eugenia Sánchez, Isabel López, Ángeles Romero (aunque esta última nunca se afilió al PSUC colaboró activamente con dicha organización).

²⁸ Nuria Casals, Anna Bosch, M. Jesús Pinto, Aurora Gómez.

Bosch). Con todo, los recursos de sus familias difícilmente podían sostener por sí solos trayectorias educativas más allá del bachillerato elemental, de modo que excepto en el caso de M.^a Jesús Pinto, las que prosiguieron sus estudios más allá de los 14 años los tuvieron que simultanear con el trabajo, interrumpiéndolos a medida que la militancia sindical o política exigía una mayor dedicación. De hecho, aquellas que reemprendieron años después su trayectoria educativa y profesional lo hicieron al abandonar la militancia política y/o sindical. En la mayoría de sus relatos, esta primera militancia en las organizaciones cristianas y su participación en los movimientos estudiantiles se presentan como explicación de la militancia política (PSUC, PSAN, MC) que en todos los casos precederá a la militancia sindical (CCOO). Efectivamente, su vinculación a CCOO, una vez en el mercado de trabajo, no derivó de problemas laborales concretos o de sus condiciones de vida, sino de ese compromiso social de base cristiana y de su aspiración a «*hacer la revolución*» de la que casi todas ellas participan. M. Jesús Pinto prolongó sus estudios hasta llegar a la universidad, participando primero desde los movimientos cristianos y después desde el movimiento estudiantil en la eclosión de luchas antifranquistas que tuvieron lugar a inicios de los setenta (Estado de excepción-Juicio de Burgos-Proceso 1001-ejecución de Puig Antich). Movilizaciones en las que, desde otros ámbitos, participaron la mayoría de las entrevistadas. Su militancia en el MC le llevó primero a participar en las Comisiones de barrio, y tras el abandono de sus estudios universitarios y su entrada en el mercado laboral en el movimiento sindical, organizando en su fábrica, la primera comisión obrera, «*quan entro en aquesta empresa, ja tot lo que era la militància gira la voltant del món sindical de manera més definitiva políticament*», y participando en la coordinadora del metal de CCOO. A raíz de un conflicto para reivindicar la misma prima que sus compañeros varones²⁹ empezó a articularse un grupo de mujeres en la empresa: «*ens va anar generant com una inquietud pròpia a les dones a l'empresa, que fèiem pinya en moltes ocasions i ens hi sentíem una mica com a grup (...) les dones de taller (...) Eren com molt actives i molt participatives*». Desde allí y conscientes de la necesidad de coordinarse con otras mujeres comenzaron a reunirse con mujeres de su mismo sector económico para consensuar reivindicaciones comunes:

«començar a conèixer altres companyes en altres empreses, a les reunions de la Coordinació del Metall, i vam començar a compartir amb al-

²⁹ Las trabajadoras cobraban 4 puntos por debajo.

tres companyes sobretot del Metall, el fet de que estàvem en una situació diferenciada dels homes, de que calia que comencéssim a xerrar per nosaltres mateixes, a plantejar coses que ens estaven afectant a nosaltres i no als homes, discriminacions».

A partir de este momento, el discurso feminista adquirirá centralidad en su militancia, tanto en CCOO como en el MC, participando en reuniones de colectivos de mujeres y en la creación y consolidación tanto del grupo de mujeres del MC como del Grupo de Mujeres de CCOO que daría lugar años después a la Secretaria de la Mujer.

El segundo tipo de trayectoria se pone de manifiesto en las biografías de M. Ángeles Franco y Anna Bosch. Ambas comenzaron a participar en las movilizaciones antifranquistas estando ya en el Instituto, integrándose muy pronto en organizaciones políticas —las JC en el primer caso y el PSAN en el segundo—. Al igual que las mujeres del primer grupo, interrumpieron sus estudios para integrarse en las fábricas, pues *«la revolució l'havien de fer els obrers (...), jo era administrativa y tenia estudis, i això no era ben bé ser obrer»* (Anna Bosch). Y será también esta militancia política lo que, una vez en sus empresas, les lleve a formar parte de CCOO. M. Ángeles, orientada por miembros de las CCOO, organizó la primera comisión de fábrica y fue elegida jurado en 1969. Como M. Jesús Pinto, comenzó muy pronto a plantear la igualdad salarial entre hombres y mujeres en las reivindicaciones planteadas por las CCOO. La trayectoria laboral de Anna, estuvo además marcada por una frecuente movilidad debida precisamente a su militancia política, (Hispano Olivetti-Derby-España Industrial-Fulla) *«per veure si organitzava els treballadors»*, militando además en las CCOO clandestinas.

A diferencia de estas mujeres, para Isabel López, Consuelo Moreno y Ángeles Romero la entrada en el mercado laboral no obedeció a un compromiso sociopolítico, sino a una necesidad económica. En sus respectivos lugares de origen cursaron sólo la escuela primaria y comenzaron a trabajar antes de los 14 años. Sus relatos evidencian este distinto origen social, y la distancia con la que percibían a las militantes «políticas»:

«aunque ellos son hijos de trabajadores igual que nosotros, sus aspiraciones son completamente distintas a las nuestras. Son completamente diferentes. Para ti era pues para ganar dinero o salir adelante, mejorar las condiciones o sea eso sí lo veíamos, no, de mejorar las condiciones y tal, pero no te planificabas tu vida, no eras capaz de planificar tu vida. En cambio esta gente sí que la planificaba de otra manera. Que yo no digo que sea un error o sea, tal vez la torpeza fue nuestra de no haberlo hecho» (Ángeles Romero).

Este distinto origen social y esta distinta situación económica conllevó una trayectoria sociopolítica muy distinta, pues su militancia sindical estuvo muy directamente ligada a sus problemas laborales y a la lucha por la mejora de sus condiciones de trabajo y de vida. Y sólo posteriormente se integraron en organizaciones políticas. Ángeles se incorporó muy joven a la empresa Itarco de Polinyà donde participó en varias movilizaciones en demanda de mejoras salariales y sanitarias durante el año 1973. Ante dichas movilizaciones la dirección de la empresa reaccionó despidiendo a una compañera y enviando cartas a las familias de las trabajadoras acusándolas de participar en reuniones clandestinas: «*con gente delictiva que puede que la lleven a mal camino*». Estas medidas intimidatorias tuvieron un efecto contrario al esperado, según recuerda, pues «*a partir de entonces si que tomas una conciencia*». Tras estas primeras movilizaciones rápidamente se pasó de una etapa centrada en conflictos estrictamente laborales a reivindicaciones de carácter sociopolítico: «*de unos primeros conflictos que surgían de plantilla por cosas muy puntuales de necesidad, de condiciones de trabajo hacia conflictos arropados por más gente que situaba algunas cuestiones que nosotros nos identificábamos con ellos*». Junto a la militancia sindical en CCOO se incorporó a las actividades políticas del PSUC aunque sin afiliarse pues «*no me he querido ver sometida a la disciplina de un partido*». Su visión del sindicalismo no distaba mucho, sin embargo, de la que tendrían las militantes políticas: «*si el sindicato es una institución que simplemente va a la defensa de un salario de los trabajadores para eso están las gestorías (...) nosotros somos algo más, decimos ser sociopolíticos, en lo social, en lo político*». Consuelo e Isabel ingresaron también en CCOO en la SEAT en el año 1971 participando activamente en todas las movilizaciones de los primeros años setenta, pero se afiliaron muy pronto a partidos políticos: BR en el primer caso y PSUC en el segundo. Para ambas «*el único aspecto atractivo del trabajo era el movimiento obrero*». Y aunque para ambas el «*salario era el motor de la movilización obrera*», contribuyeron pronto a la politización de las movilizaciones de fábrica. Consuelo recuerda que junto a las demandas relativas a seguridad e higiene, ritmos de trabajo y negociaciones de convenio, comenzaron a introducir cuestiones políticas en torno a la represión, o movilizaciones contra *los Pactos de la Moncloa*, haciendo muy difusa la frontera entre militancia política y sindical. Su distanciamiento del sindicalismo se produjo precisamente cuando la legalización de CCOO marcó más nítidamente esas fronteras, «*CCOO se convirtió en un sindicalismo a secas (...) que se ha encasquillado, se ha aislado, y que no está sirviendo a la realidad para nada*

pues *se dedicaron sólo a hacer cuentas (...), se estaban perdiendo cosas que se habían conquistado en los últimos años del franquismo, de la Transición*» (Isabel López). El desacuerdo con la línea sindical adoptada por CCOO «*negociación en lugar de confrontación*» en la regulación de empleo de SEAT a finales de los setenta les llevó a abandonar la empresa y casi al mismo tiempo CCOO y el PSUC.

Como hemos señalado al principio, algunas de estas mujeres iniciaron su trayectoria militante a través de su participación en los movimientos sociales de barrio. Es el caso de M. Eugenia Sánchez y Carmen Ortega que vivían en barrios especialmente precarios. Carmen comenzó a participar activamente en las movilizaciones vecinales a raíz de las inundaciones de 1971 que afectaron su vivienda y la de sus vecinos del barrio de la Riera de Cornellá, integrándose después de ello en las Comisiones de Barrio de Cornellá. En ellas conoció a su futuro marido, miembro de BR y después del PSUC, lo que le llevó, según cuenta, a militar en esas mismas organizaciones. Su militancia política se tradujo en una actividad sindical inmediata al incorporarse al mercado laboral. Fue elegida enlace sindical en 1975 y siguiendo consignas de CCOO y del PSUC, comenzó a introducir en las movilizaciones de fábrica, las reivindicaciones de tipo político (represión, libertades, solidaridad, etc.). Para Carmen su militancia sindical era a la vez «*tasca política i sindical*».

La precariedad laboral y asistencial del barrio del Poble Sec en el que vivía condicionó la opción profesional de M. Eugenia que decidió ser asistenta social porque «*veía que era una professió que m'ajudaria a salvar el món*». Sus primeros contactos con las organizaciones políticas (PSUC) y cristianas (JOC) tuvieron lugar en 1968 en su primer empleo en Càritas de Gavà donde, según recuerda, «*vaig despertar políticament*»³⁰. Y aunque hasta 1974 no se afilió al PSUC, participó ya a finales de los años sesenta en las reivindicaciones vecinales y laborales lideradas por estas organizaciones en el Baix Llobregat, lugar en el que trabajaba. Esta participación la confrontaría —en conflicto con Càritas— ante la disyuntiva *caridad o justicia social*. Conflicto que a raíz de su empleo en el Hospital del Mar se resolvió con el alejamiento de la organización cristiana y el acercamiento al sindicalismo, compaginando una doble afiliación sindical, en la STAC (Sindicat de Treballadors de l'Administració Pública) y en CCOO. Una doble militancia que le generó nuevos conflictos. Y aunque la afiliación a STAC era elevada entre los funcionarios públicos, a medida que se acercaban las primeras elecciones democráticas, se fue

³⁰ «desperté políticamente».

identificando progresivamente con CCOO, como la mayoría de sus compañeros, lo que explica en estos términos *«la gent va fer més l'opció política que no sindical»*, mostrándonos nuevamente las imprecisas fronteras entre la política y el sindicalismo que caracterizaba las CCOO.

III.3. *Feminismo, sindicalismo y política: pactos y rupturas*

Como ha quedado patente, el feminismo no fue un referente en los inicios de la militancia de estas mujeres, aún cuando la reivindicación de sus derechos laborales constituyó una constante en sus actividades sindicales durante los años sesenta. Fue una década después, tras la celebración de las I. Jornades Catalanes de la Dona, cuando la influencia del movimiento feminista se dejó sentir en el trabajo, en el sindicato, en los partidos políticos, y también en el ámbito privado, con sus parejas e incluso con los hijos. Conflictos que en algunos casos llevaron a la ruptura de sus compromisos sindicales, políticos y personales.

Nuria Casal sindicalista y militante política a finales de los años sesenta e inicios de los setenta³¹ y hoy partícipe muy activa del movimiento feminista, evoca de manera paradigmática la percepción que de él tenían estas mujeres en aquella época *«tot aquest període, jo lo que m'arribava del feminisme... me parecían burguesas puras, vull dir que, allò no tenia nada que ver con los problemes de les dones treballadores i per lo tant, vaja, em sentia profundament distant»*.

La creación del Grupo de Mujeres de CCOO (y posteriormente en 1976 de las Secretarías de la Mujer de las CCOO), como recuerda M. Jesús Pinto, constituyó, frente a la ruptura que para ellas representaba el movimiento feminista, un medio de elaborar un nuevo pacto entre hombres y mujeres dentro del sindicato:

«estàvem vivint el feminisme però volíem introduir-lo sense que suposés una ruptura dins del sí del sindicalisme o de la classe obrera. No volíem tampoc viure el feminisme deslligat d'aquesta altra opció, sinó que volia fer-ho compatible. El feminisme (...) ho travessa tot, l'únic lloc on puc treballar en contra d'unes injustícies que a mi em motiven també a part del feminisme és desde el compromís polític y el compromís sindical».

Sin embargo, la creación de estructuras autónomas dentro del sindicato no estuvo exenta de resistencias entre las propias sindicalistas.

³¹ Nuria Casals inició su militancia en el año 1970 en el instituto y en grupos de espais. Su militancia en partidos políticos se inicia en el año 1971 cuando se incorpora en el MC. Su militancia sindical comenzó en el año 1974, año en que se vincula a las CCOO.

Esta resistencia fue común incluso a aquellas que participaron como representantes del Grupo de Mujeres de CCOO en las I. Jornades Catalanes de la Dona: «*Frutos va dir: “Pues ves-hi tu, ja que ets dona”. Vaig dir “Vaja rotllo, perquè sóc dona tinc que anar-hi...” Jo sé que a mi no em va sentir massa bé. I ho vaig viure com un, com... clar, és que llavors era complicat, perquè explicitar que ets dona és com un menyspreu perquè lo que se valorava era ser tio*» (Nuria Casals). Con todo, las Jornades Catalanes de la Dona tuvieron un impacto muy decisivo en sus trayectorias personales,

«llavòrens total, aviat quan vaig arribar allà i vaig veure aquell món, vaig pensar... a mi em va impressionar molt, primer trobar-me, encara a l'any 76, perquè era el maig del 76, tantes dones. I atrevir-se, perquè era com, era una cosa casi mig clandestina també, llavors trobar-se allà tantes dones era molt important. I sobretot estar parlant de molts temes que jo mai li havia atribuït la categoria de polítics, diguem que a mi eren temes que a jo en la meva vida els vivia» (Nuria Casals).

Casi todas ellas coinciden en considerarlas como explicación del giro que experimentó su militancia «*comença aquesta recepció més col·lectiva de cuestiones relativas a los derechos de las mujeres que t'havien preocupat, o que a nivell individual les havies sentit, o que ja t'havies barallat fa molt temps en aquestes coses*» (M. Jesús Pinto). La doble militancia que algunas de ellas iniciaron a partir de ese momento fue objeto de reticencias tanto en el sindicato como en el movimiento feminista

«nosaltres estàvem a les secretaries i també anàvem o també jo anava a la coordinadora feminista, que llavors en aquella època hi havia, i allà els explicava el que fèiem dintre del sindicat. Llavors allà em deien: “Tu, doble militante, però estás loca” Jo allà em sentia que em matxaven perquè era doble militante perquè estava en el sindicat i a l'altra costat també, en que era feminista (...)» (Nuria Casals).

Un año después, la creación de las Secretarías de la Mujer de las CCOO suscitó así mismo recelos entre muchas de ellas debido a la desvalorización de su posición en el sindicato que suponía participar en ellas, como explica Nuria Casals «*si et dedicaves a la secretaria de la dona era baixar categoria dintre del sindicat*». Sin embargo la influencia del movimiento feminista fue, sin duda, decisiva en la transformación de la práctica política de estas mujeres: en las empresas, en el sindicato y en los partidos políticos. Sus experiencias son muy reveladoras de esta transformación y de las resistencias a las que por ello tuvieron que enfrentarse. Adoración Díez o M. Ángeles Franco, caracterizan sus

primeras luchas en las empresas y en el sindicato *«no como feminista, pero sí de la mujer»*. Efectivamente, mientras estas reivindicaciones se centraron en cuestiones relativas a la «mejora» de sus condiciones de trabajo —salud laboral, higiene y salarios— lograron el apoyo de la mayoría de los trabajadores y las trabajadoras y lograron integrarlas sin dificultad en las plataformas sindicales. Pero cuando las demandas comenzaron a cuestionar la valoración de los puestos de trabajo y las diferencias salariales entre hombres y mujeres chocaron con la frontal oposición de los trabajadores y el desinterés del sindicalismo. El relato de Adoración Díez es muy elocuente respecto a las reacciones que provocó el replanteamiento de la valoración de los puestos de trabajo en la empresa:

«Llavors no acabàvem de veure que en una valoració de llocs de treball, hi haguéssim noies que tinguéssim una valoració més alta que els homes (...). No els hi va agradar el reconèixer o veure quan es fa una revaloració, i hi havia llocs de treball que estaven ocupats per les dones i que tenien més valoració que dels homes alguns, perquè altres no».

La experiencia de Aurora Gómez en la negociación del convenio de Artes Gráficas es complementaria de la anterior, poniendo de relieve las insuficiencias de la «equiparación salarial»:

«la consecuencia fue que llegamos a una equiparación salarial. Pero resulta que esa equiparación salarial de una categoría femenina que existía era la de peones... y no entramos a valorar los puestos de trabajo (...) nosotras con nuestra buena fe y no entramos en la valoración de puestos de trabajo y en lo que es el valor del trabajo y por lo tanto una discriminación que era directa la hemos convertido en oculta. No en indirecta sino en oculta (...) Y algunas que están ocultas son producto de un mal planteamiento hace 25 años. Pero tampoco te puedes tirar piedras a eso... pero estoy convencida que esto lo hemos hecho en más cosas. En pluses, en antigüedades y en historias».

Las demandas entorno a la recualificación del trabajo femenino tampoco obtuvieron respuesta ni de los trabajadores ni del sindicato que se negó a incluirlas en las plataformas reivindicativas. Años más tarde, la consigna *«igual trabajo, igual salario»* fue la que se integró finalmente en el Estatuto de los Trabajadores (art. 28) dejando sin resolver las raíces de la desvalorización del trabajo femenino, pues como la propia Aurora señala *«era una consigna maravillosa y preciosa. Pero el problema no es ese. El problema es “igual salario a trabajo de igual valor”. Porque el problema es valorar y en eso todavía estamos y lo que nos*

queda». Efectivamente la reivindicación «igual salario a trabajo de igual valor» cuestionaba el modelo tradicional de salarización que consideraba al varón como ganador de pan, y a la mujer como mero complemento de la economía familiar, lo que, según cuenta M. Ángeles Franco, topaba incluso con la oposición de algunas de sus compañeras de trabajo, precisamente porque «*consideraban normal que cobri més, qui ha de mantenir la família (...) l'home, que la dona té un sou per ajudar al marit econòmicament, això era una mentalitat molt estesa. De modo que la majoria de dones ens van dir que no, clar evidentment no ens ho vam plantejar fer-ho*».

Los conflictos que estas mujeres tuvieron que enfrentar dentro del sindicato se agudizaron a finales de los setenta, cuando, a partir de sus relaciones con el movimiento feminista, comenzaron a trasladar al ámbito sindical el principio de «lo personal es político»: «*no podem aïllar lo que és el sindicalisme de lo que és la vida de les persones. No som persones que ens podem trencar i dir: ara parlem de lo fonamental que és lo polític i axò [qüestions privades] són qüestions que cadascú resol*» (M. Jesús Pinto), planteando reivindicaciones que, en la cultura sindical, eran consideradas estrictamente privadas «*reclamàvem el dret de l'avortament, reclamàvem que sortissin les dones de la pressó, o que reclamàvem la llei del divorci, que es pugui la gent divorciar, bueno, coses elementals, o que... lo de la pàtria potestat, que fos compartida*» (Nuria Casals). Esta irrupción de lo tradicionalmente considerado como privado en el ámbito público, abría las puertas a la inscripción de la diferencia sexual en una esfera política basada tradicionalmente en los principios universalistas e igualitaristas, de ahí, como afirma M. Jesús Pinto, el cierre de las organizaciones en torno al discurso de la cohesión de clase,

«el fet de dir si era oportú o no era oportú començar a fer coses específiques com a dona, no? Que allò era una font de.. era com una font de divisió. Quan ens interessava érem homes i dones que teníem uns únics interessos: uns únics interessos de classe, uns únics interessos respecte a liquidar de tot el període de la dictadura, més clarament la transició. Teníem uns únics interessos. Quan tu introduïes els únics interessos i sinó rectificaves eren interessos d'homes, pues era aquí on venia el conflicte».

En el mismo sentido se expresa Nuria Casals al recordar las reacciones que en la dirección de CCOO provocaron las reivindicaciones abiertamente feministas

«Els homes, al·lucinats. Llavors els homes ja al·lucinats “¡Estais locas, las feministas son todas unas burguesas!” (...) Llavors això va co-

mençar una guerra que no, que no te quiero contar [expressió], vull dir, guerra en el sentit de, de moltes moltes discussions, de si això era fer feminisme, de si no ho era, de si la unitat tenia que ser amb la classe obrera i no... això era dividir la classe obrera,(...) Però això, hi havia moltes suspicàcies de trencar la unitat de la classe treballadora».

Estas reacciones llevaron a algunas de estas mujeres a distanciarse poco a poco de la política sindical. Es el caso de Nuria Casals y Anna Bosch. Esta última, abandonó definitivamente el sindicato tras su legalización cuando a los conflictos anteriores vino a sumarse el giro que experimentó el sindicalismo en los años ochenta *«ya era un aparell de serveis, esclerotitzat que sólo aspiraba a su propia reproducció y que ha limitat les possibilitats de transformació de la societat»*. Para ella son los nuevos movimientos sociales los que contienen elementos de transformación de los que carece el sindicalismo actual. Ello llevó a Anna a integrarse activamente en la campaña contra la entrada de España en la OTAN, y de ahí a participar progresivamente en el movimiento pacifista a través de su colaboración en la revista *En Pie de Paz*, y posteriormente en el movimiento ecologista, fundando *Acció Ecologista*, y en el movimiento feminista, al que se vinculó tras conocer a militantes feministas que participaban en estos movimientos sociales. Ella que siempre había vivido el feminismo como una cuestión individual y no colectiva se fue implicando con las ideas del feminismo de la diferencia a través de su participación, primero en reuniones del Grupo de Mujeres de *En Pie de Paz*, y después en el grupo feminista *Giulia Adinolfi*. Su compromiso con el feminismo y el ecologismo la llevaría a vincularse con el ecofeminismo fundando el Grupo *La Petras* a través del cual *«vam descobrir, tornar a pensar el món des de nosaltres mateixes i sense creure'ns res del que ens deien»*.

Núria Casals a diferencia de Anna Bosch, compaginó durante algunos años militancia sindical, política (MC) y feminista. Su militancia feminista que desarrollaba inicialmente dentro del Sindicato coincidió con una actitud favorable del MC hacia los movimientos sociales emergentes entre los que destacaba el feminismo: *«els nous fenomens socials: ecologisme, pacifisme (...) y també el tema del feminisme van entrar per la porta gran»*. Como ya hemos dicho, su trabajo sindical se centró desde 1976 a 1986 en la creación de la Secretaria de la Mujer de las CCOO y aunque inicialmente lo vivió con reticencias fue implicándose progresivamente y hoy lo valora de manera muy positiva: *«va ser un període molt interessant de construcció de la nostra pròpia identitat dins del mateix sindicat, i de reconeixement de qüestions fins llavors deixades de banda»*. Sin embargo, los conflictos con el sindicato le hi-

cieron dejar la militancia sindical en el año 1986 cuando finalizó su responsabilidad en la Secretaria de la Mujer. Así mismo, tras la crisis de Revolta, organización política fundada a partir de la fusión del MC y de la LCR, abandonó también su militancia política. A partir de ese momento, centró su militancia en el feminismo, participando primero en la Coordinadora Feminista y después en Ca la Dona.

Los proyectos profesionales, personales y familiares de todas estas mujeres se subordinaron a la militancia sindical y política, al igual que en sus primeros años sucedió con su formación, como ya vimos en páginas anteriores. Todas asumieron muy conscientemente estas renunciaciones durante una parte muy importante de sus vidas:

«vaig posar la lluita política per transformar la societat en el centre de la meva vida, i que totes les altres coses de la meva vida les vaig anar portant com vaig poder, però sempre posant en primer terme el meu compromís polític (...) jo era una persona que tenia molta capacitat, moltes energies, moltes ganes de fer altres coses, i vaig renunciar a totes les altres coses, perquè vaig dedicar-me exclusivament en això que em semblava lo més important. Vaig optar per això. I aleshores, això no només em va condicionar la vida en aquests anys, sinó que me l'ha condicionat per sempre. És a dir, el temps no es tornar enrera. O sigui, era una opció de vida (...). O sigui, que a mi això m'ha condicionat la vida, que jo podria ser una altra persona si hagués fet una altra opció, i que vaig deixar totes les altres coses, o que les altres coses no les vaig disfrutar o les vaig deixar a mitges perquè primer era això» (Anna Bosch).

El matrimonio, o la vida en pareja no supuso en principio un obstáculo a su militancia. Por el contrario, la endogamia política de casi todas estas parejas reforzó la centralidad de este compromiso y la continuidad de unas trayectorias sindicales y políticas que habían comenzado a edades muy tempranas: «*nosotros nos casamos para vivir juntos y ya está y seguir nuestra militancia, nuestra entrega total y absoluta antifranquista y ya está*» (Carmen Ortega). De hecho, en muchas ocasiones la decisión de militar en una u otra organización dependió de la militancia del cónyuge y la evolución de sus trayectorias transcurrió muy a menudo de forma paralela³². La política se constituyó por ello no sólo

³² Isabel López y su marido militaron en CCOO y en el PSUC y participaron en su AA.VV, del mismo modo que Carmen Ortega y Consol Moreno que compartieron con sus cónyuges la militancia sindical en CCOO, y la militancia política primero en BR y después en el PSUC. Dora Díez, Anna Bosch, M. Jesús Pinto y Ángeles Romero también compartieron militancia con sus respectivos maridos.

en un proyecto individual sino en un proyecto familiar, del que en la mayoría de los casos acabarían participando también hijos e hijas: *«com que la família, el meu marit diguem-ne, estàven tots ficats en... en el sindicalisme (...) vull dir que tot era una mica igual ¿no? Vull dir, el treball per mi significava fer tasca política-sindical i el... i en la família també parlàvem de lo mateix. Vull dir que tot s'interrelacionava molt ¿no?»* (Carmen Ortega).

El peso de la política se evidencia particularmente en el control de la natalidad. Casi todas ellas aplazaron su maternidad hasta los años 1976 y 1982, cuando la legalización de los sindicatos y organizaciones políticas significó la relajación de las condiciones de la militancia que habían tenido durante la clandestinidad. Casi todas ellas lo recuerdan en términos parecidos *«... como la cosa ya se iba aclarando y la veíamos que se iba la cosa encauzando y tal (...) no teníamos tanto miedo a las detenciones y etc. ¿no?, como en los años anteriores. Entonces vimos el panorama como un poco más claro»* (Carmen Ortega). Ciertamente es también, no cabe olvidarlo, que todas ellas llegaron en esos años a una edad considerada entonces de riesgo para la maternidad, lo que probablemente coadyuvó a cambiar las prioridades hasta entonces establecidas. Eugenia Sánchez lo pone de manifiesto al afirmar *«jo tenia 29 anys i pensava “ostres, pues no puc... no em vull esperar gaire, perquè abans dels 30 m'agradaria tenir un fill y tal no?”»* De modo que de los relatos de las entrevistadas parece desprenderse que a partir de una determinada edad la actividad política y sindical pasó a un segundo plano: *«es verdament me dedique menos. O sea, había tenido una hija, por lo tanto tenía que dedicarme más a esos temas, pero no lo dejé, no me desenganché»* (Ángeles Romero). La militancia disminuyó en menor o mayor intensidad dependiendo de los apoyos de sus madres, sus suegras e incluso sus abuelas. En algunos casos —los menos— participaron también los maridos, todos ellos militantes, cuya trayectoria se vio, desde luego, mucho menos afectada por la llegada de los hijos. A pesar de todo ello, las dificultades para compaginar la militancia, el trabajo y la maternidad generaron en muchas de ellas una fuerte inquietud y malestar:

«eso es muy estresante porque criar a un hijo, en el sindicato... en el partido... y en el trabajo, pues... imagínate. Ir... Estar las 24 horas del día... pues... en pie de guerra como aquel que dice... sí, sí... es muy duro. Es muy duro. Es muy duro en el sentido que no tienes tiempo... que te falta tiempo para todo... que no llegas... muchas veces no llegas» (Isabel López).

«Me'n recordo buscar sempre temps per la meva filla que era un patiment horrorós. Jo tenia una sensació de malestar, de que no la cuida-

va, de que no em preocupava prou. Em sentia molt malament, i en canvi no podia. O sigui que per mi sempre era una baralla entre poder dedicar més estones a la meva filla i poder fer la meva feina política i aleshores amb tot això les relacions amb el meu company doncs es que no hi havia temps» (Anna Bosch).

Pero tan sólo aquellas que en un momento u otro comenzaron a participar activamente en el movimiento feminista se cuestionaron la prioridad dada a lo político. Este es el caso de Anna Bosch, que finalizada su trayectoria en organizaciones políticas y sindicales, reinterpretó su experiencia y práctica política a partir de su militancia feminista:

«Jo em vaig començar a mirar jo mateixa o a pensar en mi mateixa molts anys més tard (...) Aleshores això de practicar l'autoritat de les dones, la força de les dones, el pensament de les dones, a mi és el que m'ha permès entendre moltes coses. Ja et dic, em sembla que ja t'ho he explicat algun d'aquests dies, que a partir d'aquí és quan de veritat he pogut encarar la meva experiència política i començar-li a donar significat en els fracassos que vaig tenir dintre del partit i el perquè (...)».

A modo de conclusiones

El carácter exploratorio de este artículo conduce a sugerir hipótesis más que a establecer conclusiones. Nuestra aportación ha de calibrarse pues en su justa medida que no es otra sino llamar la atención sobre la necesidad de revisar, a la luz de nuevos métodos y nuevas fuentes, algunas de las interpretaciones historiográficas que han enfatizado el carácter espontáneo de las CCOO y la supuesta ruptura que representó el sindicalismo democrático, especialmente en lo referido a la falta de conexión entre los militantes de ese «nuevo movimiento obrero» y los militantes de las organizaciones obreras históricas, y en el «desconocimiento» de las culturas políticas de preguerra del que supuestamente adolecían las generaciones de militantes de las CCOO. Nuestra aproximación al análisis de veintiocho biografías de mujeres que iniciaron su militancia entre la década de los treinta y de los setenta del siglo pasado muestra por el contrario numerosos elementos de continuidad que se mantienen precisamente por el carácter eminentemente sociopolítico del liderazgo sindical. Una continuidad vehiculada por las generaciones cuya militancia se inició en las organizaciones obreras durante la República, esos eslabones perdidos del sindicalismo democrático que han pasado desapercibidos para la mayor parte de la historiografía. Una con-

tinuidad que se prolongó así mismo, aún parcialmente, a las generaciones más jóvenes a través de la transmisión familiar y de las relaciones establecidas en fábricas y barrios con las «viejas» militantes obreras, anarquistas y comunistas. Bien es cierto que esa continuidad no es lineal, ni es tanto ideológica cuanto portadora de un conjunto de valores ético-políticos que en el contexto de un régimen totalitario pasaron a un primer plano de las organizaciones políticas y sindicales obreras: la reivindicación de los derechos civiles, y de los derechos políticos representativos, pero también de una concepción de la democracia participativa arraigada en la cultura obrerista. A este sustrato antifranquista del sindicalismo democrático, se superpusieron además valores muy básicos de justicia social: la dignidad del trabajo, la aspiración a una más justa distribución de la riqueza, la restitución de los derechos laborales y sociales cercenados por el Franquismo. La transversalidad de estos valores a las organizaciones obreras de posguerra, explica también que en un contexto de clandestinidad y riesgo, la militancia política concreta en una organización u otra dependiera más que de las ideologías, de la fiabilidad que procuraban las relaciones personales y familiares. Otros eslabones igualmente perdidos para la historiografía han sido las esposas de los militantes que mantuvieron en la sombra la cadena de solidaridades que hicieron posible su supervivencia y la de las organizaciones obreras en la resistencia antifranquista; las militantes que participaron activamente en las primeras movilizaciones fabriles y vecinales y en la formación de las primeras comisiones de fábrica durante los años cincuenta —un período poco atendido aún—, y las militantes que participaron en la formación de CCOO, aunque no llegaran a ocupar posiciones destacadas en sus órganos dirigentes. A la luz de las experiencias de las mujeres entrevistadas, hemos sugerido que, a pesar de su protagonismo, la exclusión de las mujeres de las estructuras sindicales hay que verla, al menos en una triple dimensión: la resistencia a los cambios de los criterios de organización laboral y de las prioridades de la política sindical planteados por las mujeres, el temor al debilitamiento de la cohesión de clase, y el no reconocimiento de su capacidad de representación de un colectivo no exclusivamente femenino. Y también que el distanciamiento de algunas de estas mujeres del sindicalismo a medida que este fue institucionalizándose, no puede entenderse al margen de estas exclusiones, ni de una cultura política y unas estrategias de acción que no integró las formas de pensar y de hacer de las mujeres. Hipótesis que requieren desde luego de un programa de investigación a más largo plazo.